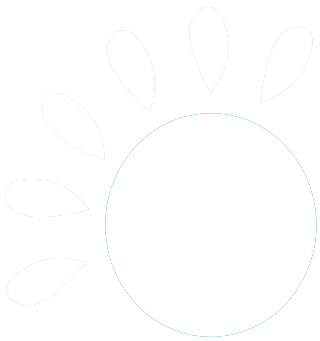


FUndAciOn CuLturAL

GL *a* UX



FICCIONES GLAUX

FUNDACIÓN CULTURAL GLAUX
INSTITUTO GLAUX
RED DE EX-ALUMNOS

FICCIONES GLAUX



Fundación Cultural Glaux

Consejo Directivo:
Vilma Susana Intagliata
Marta Silvia Rozenberg
José Villella

Av. Nazca 3330 / CP 1417 / 4501-3100
Villa del Parque - Buenos Aires - Argentina

Instituto Glaux
www.glaux.edu.ar
institucionales@glaux.edu.ar

Red de ex-Alumnos
exalumnos@glaux.edu.ar

Diseño de tapa e interior: Link Comunicación
www.linkcomunicacion.com.ar

Imagen de tapa basada en dibujos originales de Griselda Garfunkel.
www.griseldagarfunkel.com

Propietaria de publicación:
Fundación Cultural Glaux.

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier
medio sin expreso consentimiento de su editor.
Todos los derechos reservados.

Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Tec-
nooffset, Araujo 3293, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina,
en el mes de noviembre de 2012.

FICCIONES GLAUX

PRÓLOGO

por Lito Vitale

En agosto de 2012, como parte de mis actividades al frente del concurso musical *Vamos las bandas*, tuve la suerte de conocer el Instituto Glaux, en Nazca y Tinogasta.

Se trata de un colegio que siempre ha estado emparentado con la música (de hecho, muchos de sus alumnos y egresados forman parte de diversos proyectos musicales) y con las actividades artísticas y culturales en general.

En ese marco, tuve la oportunidad de conocer, también, a la Red de ex-Alumnos que un grupo de egresados del colegio vienen desarrollando hace algunos años. Me contaron de un proyecto buenísimo: la publicación de un libro de ficción íntegramente escrito, ilustrado y producido por la Comunidad Glaux.

Hoy, ver este libro finalmente materializado y llegando a manos de los lectores, no puede más que alegrarme y llenarme de felicidad y orgullo.

Como sabemos, la ficción, la poesía y los juegos del lenguaje en general son herramientas poderosas para los jóvenes, pues no sólo permiten conocer lo dado, sino también lanzarse a imaginar lo posible, lo que puede ser, lo que queremos que sea de aquí en más. Y si esas herramientas se combinan, además, con las ganas y la participación de personas de diferentes edades y oficios, que trabajan en pos de un proyecto común en el horizonte, los resultados serán siempre prometedores.

Espero solo sea el primero de muchos otros libros.

Saludos a todos,

Lito Vitale

LETRAS, PALABRAS, ORACIONES... IDEAS

Algunos artistas plásticos ven en el movimiento la generación de su obra: un punto se transforma en línea, ésta en superficie y así llegan a un cuerpo. Elegimos la analogía para titular esta página del libro porque queremos dar cuenta de nuestro sentir, de nuestro parecer respecto de la obra que la Red de ex-Alumnos del Instituto Glaux del nivel medio hoy presenta.

Hace casi veinticinco años, allá por 1988, nacía la Fundación Cultural Glaux. Un grupo de entusiastas docentes, preocupados por contribuir a la mejora de la sociedad a través de la educación, y en ese momento en particular, por la calidad de la formación de los adolescentes, diseñó una organización sin fines de lucro que pudiese albergar la investigación, el desarrollo de proyectos y el fomento de acciones comunitarias en pos del logro de esos ideales. De esos comienzos surgieron las primeras letras que dieron fundamento a las palabras con las cuales se armaron las oraciones con las que se comunicaron las ideas. Ideas que el tiempo fue mostrando en hechos: el *Centro de Investigación, Actualización y Perfeccionamiento Docente*; el Instituto Glaux de Enseñanza Media; la publicación de la serie *Glauxmanías*; la edición del *Anuario Glaux*; la incorporación de las Secciones Inicial y Primaria al Instituto; el auspicio de Jornadas, Congresos y Seminarios de Actualización Docente; la participación en reuniones científicas nacionales e internacionales; el asesoramiento a instituciones educativas; la coordinación de eventos culturales; la organización, participación y promoción de actividades solidarias...

Esas ideas hoy cobran otra magnitud: se agigantan cual Alicia en el País de las Maravillas en tanto se multiplican en las de los ex-alumnos; trascienden a sus creadores y se enriquecen con el aporte de las nuevas generaciones que los continúan: el compro-

miso de nuestros alumnos de la sección secundaria del Instituto Glaux -de los que egresaron y de los que lo están cursando-, de sus padres y de algunos de sus profesores, plasmado en este libro que llega a ustedes, es una muestra.

Alentamos a los noveles autores de los textos que siguen a que los pudieran mostrar y así, compartir con los lectores sus pareceres, sus vivencias, sus sentimientos.

Nos alentamos de esta forma, a nosotros mismos, a celebrar la trascendencia de nuestras ideas.

*Consejo Directivo
Fundación Cultural Glaux*

EL PROYECTO

Este libro es resultado del trabajo conjunto de la Fundación Cultural Glaux, el Instituto Glaux y la Red de ex-Alumnos del Instituto. Diferentes personas que forman parte de estas tres instituciones (y de la Comunidad Glaux en general) confluyeron, cada una de ellas con sus saberes y experiencias particulares, en el ambicioso proyecto de publicar un libro de cuentos cortos y poesías. Los egresados participaron aportando sus tan queridos textos. Para muchos de ellos se trata de su primera publicación en formato libro. Otros, a su vez, colaboraron en tareas de corrección y edición (Nicolás Pazos, María de los Ángeles De Cecco, Amira Verna). Además, al calor del mismo proyecto, algunos de sus padres y madres también quisieron formar parte, poniendo en común sus propias producciones.

Por su parte, alumnos de primero a tercer año del Glaux, con la dirección de las profesoras Silvana Sagripanti, Gabriela Muollo y Victoria Urbini, aportaron las ilustraciones que acompañan los textos. Se trata de imágenes que no apuntan a explicar lo escrito, sino a ensayar una lectura personal. Otros alumnos, además de algunos profesores que se fueron sumando, aportaron sus propios cuentos.

La Fundación Cultural Glaux, en tanto, permitió que la escuela pudiera transformarse –una vez más- en un espacio de producción en torno a un proyecto colectivo que excede lo estrictamente escolar. Para que este libro llegue finalmente a manos de los lectores, se dieron un sinnúmero de acciones e intercambios que no son los que habitualmente esperamos encontrar dentro de una escuela. El Glaux se supo convertir en un lugar para hacer cosas fuera del horario escolar, en un lugar de encuentro entre pares, en un espacio donde desarrollar otras actividades propias de las

culturas juveniles. Y en ese plan, este libro permitió conectar a alumnos, egresados, profesores, familiares y directivos desde otro lugar, con nuevos roles y responsabilidades.

¿Por qué elegimos hacer un libro de ficción? En parte porque nos convocaba la voluntad de reposicionar su lugar. O –para ser más humildes– porque creíamos que era importante desmontar algunos lugares comunes sobre la ficción. En primer lugar, aquel que la sitúa en el espacio de “lo irreal” o de “la mentira”.

Contra esa condena extendida, el escritor alemán Wolfgang Iser dijo en una ocasión: “las ficciones no son el lado irreal de lo real, lo opuesto a la realidad que nuestro “conocimiento tácito” todavía las lleva a ser; si no que, ellas son, más bien, condiciones que permiten la producción de mundos, cuya realidad, en cambio, no ha de ser dudada”.

La ficción, entonces, más que oponerse a la verdad, deshace la jerarquía verdad/falsedad y demuestra una gran potencia para rehacer la realidad, para producir mundos. La ficción, además, es una herramienta que permite conocer y conocernos. Investigar e investigarnos. No es lo opuesto al conocimiento, sino una de sus posibles fuentes. Cuando escribimos desde el recuerdo, desde la anécdota o desde la historia personal problematizamos lo que nos rodea e incluso nos problematizamos a nosotros mismos.

Cualquier escritor (y cualquier lector) lo sabe: la ficción tiene una particular forma de sensibilidad que ninguna de las diferentes formas del conocimiento científico o formal pueden alcanzar.

Cada vez que emprendemos un proyecto, que desarrollamos alguna idea con vistas a llevarla a la práctica, aprendemos algo. No se trata, simplemente, de los balances que podamos hacer una vez finalizada la tarea: es mientras hacemos que vamos aprendiendo cosas nuevas y poniendo en cuestión lo que alguna vez aprendimos. Y si hay aprendizaje, naturalmente, hay ganas de contar lo que se aprendió, de compartirlo.

¿Qué aprendimos haciendo este libro? Seguramente muchas cosas (incluso cosas que todavía no sabemos que hemos aprendido), pero, por sobre todas ellas, la verdad de que cuando un grupo de personas comienzan a trabajar en torno a un proyecto en común empujadas por sus propias inquietudes y anhelos surge un tipo distinto de responsabilidad. Una responsabilidad que no tiene que ver con la obligación, y que depende de un compromiso mucho más íntimo y personal. Compromiso troca entonces en compañerismo, en colaboración y, por supuesto, en entusiasmo.

Disfrutamos mucho haciendo este libro, esperamos que, al leerlo, ustedes disfruten tanto como nosotros.

Red de ex-Alumnos - Coordinación

Mariana Márquez

Julián Mónaco

Alejandro Pisera

La *Fundación Cultural Glaux* es una entidad sin fines de lucro creada en 1988 por inquietud de un grupo de profesionales de la educación -con reconocida trayectoria en los distintos niveles y ámbitos educativos-, interesados en ir más allá de los pronunciamientos teóricos y desarrollar una práctica coherente con sus ideales. Su proyecto educativo comprende los niveles inicial, primario y secundario, cuyas sedes se encuentran en el barrio de Villa del Parque (Ciudad de Buenos Aires). Desde 1993 edita el *Anuario Glaux*. Además, ha promovido la publicación de distintos materiales entre los que se cuentan las *Glauxmanías* (diseñadas para su utilización en el Curso de Integración al Secundario) y los *Cuadernillos didácticos* (elaborados especialmente para actividades de capacitación y perfeccionamiento docente).

La *Red de ex-Alumnos del Instituto Glaux* trabaja hace algunos años con el objetivo de conformar un espacio que haga las veces de soporte y andamio para el (re)encuentro entre el Instituto Glaux y sus egresados. Junto a la Fundación Cultural Glaux, desarrolla una propuesta de Talleres de Extensión abiertos a la comunidad dictados en su totalidad por egresados glaux. Desarrolla, además, el festival anual *ImpulsArte. Ficciones Glaux* es la primera publicación en la que colabora.

FICCIONES GLAUX

GÉNESIS XXI

Gonzalo Freijedo (promoción 2001)

En el comienzo fue la foto. Más precisamente, la foto de un rostro. Y misteriosamente surgió de la foto un nombre, pero no podía afirmarse con certeza que el nombre perteneciera al rostro. Más tarde, incluso, se dudaría de que el rostro fuera el de alguna persona siquiera, lo que invalidaba aún más aquel nombre, pues son las personas, generalmente, las que portan nombres. Quizá, en el comienzo, en el origen mismo, se quería dar una expresión al movimiento o a la ficción, pues si foto, nombre y persona encajaran, entonces...

El hombre nuevo tuvo una pesadilla: soñó que hablaba con otro, pero no sabía si el otro le prestaba atención, no sabía si lo escuchaba siquiera, e incluso sospechaba que, mientras él le hablaba, el otro hablaba con otro o con muchos otros, pero no podía saberlo.

EL PEQUEÑO GRAN THORMES: EL MUCHACHO QUE ODIABA LA CIENCIA¹

*Ana Laura Revale, Luciana De Marco, Antonella Sottosanto
y Tatiana Malvicino (promoción 2011)*

Thomas Thormes estaba en su clase de ciencias, aburrido como todos los días.

-No olviden entregar sus ensayos –dijo el profesor.

“¿A quién puede importarle esto?”, pensó. “Nunca me servirá de nada”. Entonces sonó el timbre del recreo y todos salieron, pero el profesor detuvo a Thomas: -Te noté muy disperso hoy. ¿Tienes algún problema?

-No, simplemente no me interesa la ciencia, me parece algo muy aburrido. Además no sé sobre qué tema hacer mi ensayo, nada de esto me importa.

-Te entiendo, pero la ciencia puede ser a veces muy divertida.

-No lo creo.

-Ven, te lo mostraré.

Juntos caminaron por el pasillo, subieron las escaleras y entraron al cuarto de limpieza.

-¿Qué haremos aquí? -preguntó Thomas.

-Ya lo verás.

El profesor apretó un botón que se hallaba detrás del trapeador de piso.

¹ Publicado originalmente en el Anuario 2010.

Ambos salieron del cuarto, como si nada hubiese pasado, pero al salir se encontraron en medio de un mundo muy extraño para ellos. Todo parecía más moderno y tecnológico. Comenzaron a caminar y vieron una pantalla gigante con publicidades de productos desconocidos. Notaron también la fecha que se veía en ella: 11/3/7522.

Siguieron avanzando y entraron a un lugar que parecía un laboratorio, donde encontraron a un grupo de científicos que discutía desafortadamente.

-Hola -dijo Thomas.

-No, ellos no pueden oírte ni verte.

-Y... ¿Qué hacemos aquí entonces?

-Quiero que entiendas por qué la ciencia es importante y cómo cambiará el futuro si ninguno de nosotros comprende esto. Además, esto puede servirte para tu ensayo.

-¿Para mi ensayo? ¿Qué tiene que ver esto con mi ensayo?

-Sólo mira, escucha y anota en este cuaderno todo lo que consideres importante.

El profesor le entregó un cuaderno verde de tapa dura. Thomas, totalmente quieto, observó la situación y escribió lo siguiente:

11/3/7522. Hoy viajé en el tiempo con el profesor. Es algo muy extraño, pero me encuentro en un laboratorio lleno de científicos. Los científicos discuten durante horas el hecho de poner en marcha un proyecto llamado 'Investigación del Universo'. Algunos sostienen que no deben hacerlo y argumentan que sería muy peligroso, pero desisten ante el comentario de uno de los científicos: 'No podemos contra el gobierno'. Aún no pude entender en qué consiste el proyecto.

Así pasaron los días y Thomas continuaba escribiendo:

5/4/7522. Hoy escuché una nueva charla de los científicos. Todos acordaron que las cosas estaban funcionando a la perfección. Durante este último tiempo, estuve tratando de comprender el proyecto. No sé si lo logré del todo, pero creo que consiste en algo así: los científicos crearon estrellas para poder aumentar la materia del Universo, y así aumentar la atracción gravitatoria entre los planetas y lograr que el Universo se contraiga más rápido. Esto les facilitaría las investigaciones, ya que todo lo que está lejos, estará cada vez más cerca.

-¿Ya es hora de volver profesor?

-No, Thomas, esto recién comienza, pero vamos a tomar un atajo-. Juntos caminaron hacia uno de los baños del laboratorio y el profesor tiró la cadena. Salieron del baño.

-Bienvenido al 7570 Thomas.

Thomas reconoció el lugar, se hallaba en el laboratorio, pero otra vez las cosas habían cambiado, había nuevos experimentos y nuevos científicos.

-Presta atención y anota en tu cuaderno, lo que ocurrirá ahora es interesante.

Thomas observó y anotó:

11/6/7570. Todos los científicos realizan sus investigaciones tranquilos, hasta que un científico alto y canoso irrumpe en la habitación. Paso a detallar la conversación:

-Está confirmado, el universo está contrayéndose demasiado rápido, ya no podemos controlar sus movimientos.

-Como lo sospechábamos -exclamó otro científico-, debemos destruir nuestras creaciones.

-No podemos hacer eso.

-Sí, podemos: las creamos y las destruiremos, todo será como antes.

-No, no podemos, ha surgido vida dentro de ellas, acabo de comprobarlo.

-No puede ser, nadie puede habitar una estrella, por eso las creamos.

-Nos equivocamos, entonces. Esta vida es algo nuevo y extraño, es muy diferente a todo lo que conocemos hasta ahora. Estas criaturas se adaptaron a las condiciones de las estrellas y viven en ellas.

Los científicos se quedaron helados.

-¿Qué haremos ahora?

-Consultémoslo con el gobierno, después de todo esto es su culpa.

-No, ellos las destruirán.

-No importa, esto ya nos excede, no podemos controlarlo.

Luego de muchas horas de debate los científicos deciden consultar con el gobierno. No sé qué pasará, pero la situación se ve muy complicada.

-¿Qué pasará profesor?

-Mañana lo verás.

-Pero no puedo esperar hasta mañana, viajemos en el tiempo de nuevo.

-No, Thomas. No es necesario en esta ocasión, recuerda que no es bueno abusar de los conocimientos.

Al otro día Thomas observó nervioso lo que pasaba en el laboratorio y escribió:

12/6/7570. La solución del gobierno fue destruir las estrellas, como era de esperar. Los científicos envían misiles y destruyen una de las estrellas. Mañana continuará la destrucción.

Ansioso esperó Thomas hasta el día siguiente, observó y anotó:



Ilustra: Germán Mogni 2º año 2012

13/6/7570. Los científicos se disponían a lanzar los misiles por segunda vez cuando un meteorito atacó la Tierra y mató a millones de personas del continente africano.

Los científicos debaten acerca de las posibles causas. Parece ser que comenzó la guerra.

Thomas esperaba ansioso a que llegara el otro día para saber como seguiría la historia. Luego de cenar, el profesor le dijo:

-Vamos, ya es tarde.

-¿Eh? ¿A dónde?

-Ahora sí que no tiene sentido esperar, ¿sabes cuánto durará la guerra?

-Eh... ¿unos meses?

-No, un milenio.

-¿Pero cómo... no inventaron nada en un siglo para ganar?

-Sí, y ese es el problema principal.

-¿Por qué?

-Porque abusaron, abusaron de los conocimientos-. Te explicaré: al principio utilizaban misiles para atacar a los habitantes de las estrellas, pero seguían buscando armas más poderosas, más poderosas que las bombas nucleares y que todo lo conocido hasta ese entonces.

-¿Existe algo más poderoso?

-Sí, y los científicos lo encontraron-. El profesor hizo una pausa, respiró profundo y continuó: -El gobierno continuaba presionando a los científicos, como lo había hecho siempre, pero las presiones eran cada vez más fuertes, amenazaban a sus familias y conocidos.

-Y los científicos...

-Los científicos ya no podían hacer nada. Rogaban por encontrar una solución pacífica, pero el gobierno no quería, ellos querían ganar la guerra.

-Pero profesor, ¿cuáles eran esas armas tan poderosas de las que me hablaba?

-Las armas eran como esferas gigantes rellenas de los explosivos comunes más el combustible solar almacenado.

-Increíble...

-Sí, increíble, pero fatal. Para la fabricación de las armas se utilizaban cantidades inimaginables de combustible solar.

-Pero... ¿y los habitantes de las estrellas, no crearon nada?

-Sí, lo mismo que nosotros Thomas.

-¿Las esferas de combustible solar?

-Exactamente. ¿Y puedes imaginar lo que ocurrió entonces?

Thomas negó con la cabeza.

-Ven aquí. Rápido.

Caminaron juntos hasta un cuarto que estaba oscuro casi por completo, a excepción de una baldosa que brillaba.

-Contaré hasta tres y saltaremos sobre ella ¿Está bien?

-Sí.

-Uno... dos... ¡tres!

Saltaron a la vez sobre la baldosa y de pronto todo se iluminó.

Thomas y el profesor se hallaban en el laboratorio, como siempre.

-Thomas, mira y anota. Estamos en el 12/6/8570.

Thomas observó lo ocurrido nuevamente y anotó:

12/6/8570. Los científicos están en una especie de fiesta.

Les escribiré algunos de los comentarios:

-Bueno amigos hasta aquí llegamos, disfrutemos del último día.

-No puedo creer que todo se acabe... es nuestra culpa.

-Vamos... no nos quedó otra opción, les advertimos millones de veces acerca de las consecuencias, nos obligaron a hacer esto.

-Lo sé... pero no puedo evitar sentirme culpable.

-Ya... tranquilo, serán unos segundos, nadie sufrirá.

-Es cierto eso... Pero tantos años, tantos siglos de conoci-

mientos, de avances tecnológicos se irán... será como si nunca hubiesen existido, y en algún momento alguien tendrá que empezar todo de nuevo, ustedes saben el desperdicio que es eso... Si tan sólo pudiéramos evitarlo, si nuestros antecesores hubiesen conocido las consecuencias que traería su simple proyecto de 'Investigación del Universo no lo hubiesen divulgado nunca...

-Basta ya, lo hecho hecho está, no podemos hacer nada ahora, tú sólo relájate y disfruta tu final.

No entiendo bien qué está pasando, pero esto no se ve nada bien. Creo que mañana destruirán la Tierra o algo así.

-Profesor no entiendo qué ocurre: ¿ellos ganarán la guerra? ¿destruirán la Tierra?

-No, Thomas, mañana ocurrirá algo mucho peor que eso, mañana se extinguirá el Sol.

-¿Cómo? Eso es imposible, es muy pronto para...

-Recuerda las armas...

-¡Oh no! Aceleraron el proceso ¿no es así?, el de la extinción del Sol. El Sol se llevará todos los planetas con él y se destruirá en una gran explosión; y la guerra...

-Así es, ya no existirá la guerra, porque ya nada quedará. Veo que has puesto aunque sea algo de atención en mis clases.

Thomas sonrió, pero seguía preocupado.

-¿Qué haremos ahora profesor? ¿Qué haremos?.

-Por lo pronto irnos.

-¿Qué? No, no podemos hacer eso.

-Thomas, ahora no puedes hacer nada, y si no volvemos en este momento no tendremos cómo volver, porque todo se destruirá.

-¡Pero profesor!

-Vamos Thomas, ¡ahora!

Se encaminaron juntos hacia la pizarra del laboratorio. El profesor la tocó tres veces con su dedo meñique y todo se desvaneció.

Thomas cerró los ojos. Al abrirlos se encontraba de nuevo en el armario de limpieza de la escuela. Juntos salieron hacia el pasillo.

-Creo que ya tienes tu ensayo casi completo.

-Sí... -dijo Thomas con un tono triste, y observó su cuaderno verde dando un gran suspiro-. Supongo que iré a escribir el final.

-¿Y qué pondrás? ¿Puedo saber?

-Claro, lo que ocurrió: que el Sol se destruyó al igual que la Tierra, las estrellas y el resto de los planetas.

-Pues no estoy seguro de que eso sea lo que suceda.

-¿Cómo no? Acabamos de verlo.

-Sí, pero ahora tú lo sabes, y puedes intentar cambiarlo.

-¿Yo?

-Sí, tú. Adiós Thomas, debo ir a dar otra clase. Piensa en ello.

-Adiós profesor.

Thomas volvió a su casa y pensó en ello mucho tiempo. Pasaron los años, Thomas estudió física y química en la universidad y fue uno de los científicos más reconocidos de la historia. Lo último que escribió en su cuaderno fue:

11/3/7522. Lo he logrado, he cambiado la Historia. Le mostré mi cuaderno al gobierno y entendieron lo que sucedería si poníamos en práctica el proyecto de 'Investigación del Universo'. Decidieron no hacerlo. Estamos salvados. Ahora sí doy por terminado, a mis cuarenta años, mi proyecto.

El día que escribió eso, Thomas salió del laboratorio y contento se encaminó a dar la clase de ciencia en la escuela que había sido su secundario. Dio una clase maravillosa, ya que estaba muy inspirado. Todos los alumnos hacían preguntas y se mostraban interesados, todos menos uno, Jack Johnson.

Sonó el timbre del recreo

-Tú quédate Jack -dijo Thomas.

El joven muchacho se quedó mirándolo.

-¿Hay algo malo que te esté pasando? No te noto muy interesado.

-No, simplemente no me interesa la ciencia, me parece algo muy aburrido.

Thomas sonrió: -La ciencia puede ser divertida a veces.

-No lo creo.

-Veamos...- dijo Thomas, entregándole el cuaderno verde de tapa dura-. Ten, sólo dame una oportunidad, lee esto y si cuando lo termines sigue sin interesarte la ciencia te daré la razón.

-Hecho, adiós profesor.

-Hasta pronto -respondió Thomas Thormes, el gran científico.

ACROBACIAS

Graciela Tubino (madre de Lucía Pezzolo, promoción 2010)

Mamá dijo que me apurara a ponerme los zapatos, que el señor Félix tenía el auto abajo. Ella se sentó adelante, cerca de las flores rosas, las que cuelgan de ese espejito donde me miro sentada. Se las pedí, pero dijo que no, que las flores eran un adorno del taxi y no me las podía dar, tampoco el perrito que mueve la cabeza. Dame los cristales, le dije, que también te podrían gustar. Mamá dijo que basta de pedir, pobre Félix que nos ayuda tanto, qué nena mala iba a decir. Yo lloré: eran para vos, pero a mamá no le importó. Ya teníamos las flores y yo iba a ser la encargada de buscar el agua. Todas las veces vamos a traerte flores distintas, papá. Igual no te pongas triste, algún día me los va a dar.

Hoy trajimos el trapo nuevo. En el trabajo mamá no me deja usarlo porque ella tiene los guantes y no me los presta: te sentás quieta y no te movés, que mami no terminó, que tiene que hacerlo con sus propias manos. Pero esta mañana me prometió que acá sí iba a dejarme lustrar, con la patrona no, pero con vos era diferente y me iba a prestar la franela. Lo que no me gusta es cuando se pone a llorar porque moja todo lo que dejé brillante. Yo le aviso que vos no estás acá, que estás en el cielo, y señalo para arriba -me lo dijo la tía Mari el día que te fuiste y yo te buscaba por todos lados- pero a mamá no le importa. Sigue con que cómo fuiste capaz

y que no creas que te va a ser fácil olvidarla, que ella no es como otras. Yo la oí: sólo para no dejarte descansar en paz, si con nosotras no te alcanzaba, que con cuántas más. Mamita no llores que me hacés llorar. No pasa nada, dice, y me abraza fuerte. Mientras ella no te perdona, yo encontré una canilla para el agua. Ahora puedo llenarte el vasito de las flores todas las veces que quiera.

El jardinero le preguntó si mamá quería que te cortara el pasto, pero ella dijo que no, que prefería hacerlo sola con la pinza de mano, para hacer mejor los bordes. Él dijo que iba a tener que hacer mucha fuerza, pero mamá, que ella tenía. Y tiene. El hombre se fue. Esta semana lloré cuando le corté el pelo a la muñeca. Mamá gritó fuerte y me retó: ahora te da por romper cosas. Yo me asusté, fue sin querer, le contesté, y le pedí perdón. Ella me perdonó y me trajo la misma muñeca con todo el pelo, ni se me ocurriera hacerle lo mismo a ésta y que le pidiera perdón a diosito. Yo ya no lo voy a hacer nunca más.

En casa prendimos las estufas, porque mami dice que los techos son altos. Yo le digo que desde el balcón todo es alto: me asomo y se ve la gente chiquita allá abajo. Hay pajaritos en los cables, como en el circo. Mamá me llevó y me gustó. Había una señorita que dio vueltas y quedó de cabeza y todos dijimos “ahhhh”, pero no se cayó. La aplaudimos bien fuerte y le gustó. Sonreía con los dientes y se inclinó cuatro veces. A ella nadie la empujó. Lástima que vos no viniste, así mirabas bien y aprendías como ella, y todos te iban a aplaudir.

En casa tenemos la foto de cuando volaste del balcón, y como en la escuela estoy aprendiendo las sílabas, le pido a mamita que me enseñe lo que dicen las letras grandes, pero ella no quiere, dice que deje ese diario de porquería, y que la vaya a ayudar con la comida. Yo me tiro al piso y no me levanto nada hasta que me lee: “Un hombre se tira por la ventana”. Dice mamá que es un título de los que salen en las noticias. Después me muestra las letras una por una y lo guarda en el cajón de la cocina hasta que sea la

hora de comer. A veces lo miro sin que ella me vea, porque quiero aprender. Casi siempre invitamos a Félix a comer, aunque yo no quiero, porque ya te tengo a vos.

Esta semana estuve pensando que hagas como yo. Es así: te ponés de rodillas antes de dormir y le hablás. Vos que estás en el cielo lo tenés cerca, entonces no te arrodilles, vas directo. Eso sí, las manos las ponés juntas, porque así se escucha el corazón y te sale mejor lo que decís. Seguro que ya lo sabe, porque Dios sabe todo, entonces la va a perdonar. Mamá dice que a Dios hay que contarle todo, igual que yo te cuento a vos. Decile que mamá no tuvo la culpa. Es que tiene mucha fuerza y te caíste, pero no te querías caer, que fue sin querer y no lo va a hacer nunca más. Vas a ver que no pasa nada: Dios la va a perdonar. Seguro que te manda de vuelta enseguida, así mamá no sufre más y de paso ya no viene Félix, él es malo, porque no me presta los juguetes del auto.

UN PERRO CUALQUIERA

Leopoldo Lage (padre de Jérica Lage, promoción 2000)

El golpe fue seco, inesperado. Como si de pronto la rutina del viaje de cada día hacia el trabajo hubiera sido martillada por eso que pegó contra el auto.

Paró a un costado y pensó en bajar. Después se dijo: “¿Y si es una trampa? Por ahí me están esperando para dármele. Mejor me quedo adentro”.

La verdad es que la zona no garantizaba nada. Constituyentes, del lado de la provincia, a las seis de la mañana, oscuro y con la villa enfrente, no era para hacerse el vivo. Además, llegaría tarde al trabajo. Puso primera y arrancó. Miró por el espejo y lo vio.

Un fuego le fue subiendo por la panza hasta incendiarle la boca del estómago y continuar hasta la cara. Frenó y ya no pensó en el peligro.

En el apuro dejó la puerta abierta y el auto en marcha. Se acercó corriendo al perro marroncito que estaba tirado casi dentro de la zanja sucia. Todavía se movía espasmódicamente y gemía de dolor y miedo.

Sus ojitos lo miraron con una tristeza que lo desesperó aún más. Lo acarició para darle ánimo y lo quiso levantar. El animal gritó de dolor y él se asustó y lo largó.

Se levantó y buscó ayuda con la mirada. Nadie. Sólo un gato que cruzaba tranquilamente la calle, ajeno a la tragedia. Buscó algo

para poder levantarlo y como a una cuadra encontró un cartón duro. Estaba medio embarrado, pero serviría igual.

Corrió hacia el perrito y se arrodilló junto a él. Lo volvió a acariciar y despacio le fue pasando el cartón por debajo del cuerpo. Después lo levantó con cuidado y lo llevó hasta el auto. “Qué estúpido”, pensó, “lo podría haber arrimado”. “Qué tonto, no abrí la puerta de la derecha”.

Lo bajó, abrió y con cuidado lo levantó y lo metió en el auto. El bichito tenía una espuma que le salía por la boca y respiraba mal. -Aguantá, aguantá un poco más que ya te van a ayudar -le decía al pobre animal que agonizaba.

“Nazca y Rivadavia”, pensó. “Esa está abierta las veinticuatro horas. Es lejos pero no se me ocurre otra. ¿Por qué te cruzaste? Yo ni te vi. Pobre, encima te echo la culpa a vos. ¿Qué hacías a esta hora suelto en la calle? No, si yo soy un tarado; hoy cierra el premio semestral. Me perdí el premio mensual y encima el semestral. Son como... ¡Novecientos mangos! No, no soy un tarado, soy un... Aguantá, aguantá que ya llegamos”.

Cruzó varios semáforos en rojo, dobló a la izquierda en Beiró y un patrullero que pasaba le tocó sirena y lo hizo parar. “Encima este garrón”, pensó.

Cuando el policía le pidió los documentos, prendió la luz interior y le mostró al perro medio muerto. Le explicó y el policía le dijo que a diez cuadras estaba el Hospital de la Facultad de Veterinarias. El patrullero le abrió camino haciendo sonar la sirena en las esquinas hasta que llegó a la Facultad. Mientras seguía al patrullero pensó: “Por fin un cana con alma”.

-Tuvimos suerte -le dijo al perro. Entró con el auto hasta una barrera. Tocó bocina con todo y un tipo con cara de dormido salió de una garita maldiciendo.

-Abrimos a las siete -le dijo.

Se bajó del auto furioso, insultando al pobre vigilador que estaba medio dormido. Le dijo que si no abría la barrera se la rompía.

-¿Pero qué le pasa viejo?



-¿No ves que el perro se me muere? ¡Abrí te digo!

El hombre abrió la barrera y le gritó: -¡Segundo pabellón a la derecha!

Llegó tocando bocina, y cuando estaba ya bajando al perro, se le arrimó una doctora y lo ayudó:

-¿Qué pasó?

-No sé, lo atropellé. Sálvelo por favor.

-Está bien, quédese tranquilo, vamos a ver qué tiene.

Lo puso sobre una camilla de acero inoxidable y lo hizo salir.

Se quedó solo en un pasillo, apoyado contra la pared.

-Encima no tengo los puchos-. Hacía dos años que no fumaba y era como si nada hubiera pasado. Hoy sentía la necesidad de un cigarrillo desesperadamente.

Al fin se decidió, se asomó y le preguntó a la doctora cómo estaba su perro (¿su perro?).

Había que esperar. Cruzó hasta un kiosco, se compró un atado de *Marlboro* y un encendedor y se prendió un pucho. Aspiró el humo y lo retuvo para luego dejarlo salir como a un suspiro. “Esta maldita gastritis que no se quiere ir y mi estómago como una piedra”.

De pronto recordó que no había avisado al trabajo. Fue hasta un teléfono público, y mientras buscaba monedas, pensaba en lo que diría. No iba a decir que faltaba porque atropelló a un perro, ¿quién se la iba a creer? Ese no era un motivo.

Ya está, diría que se rompió el auto, que estaba esperando a la grúa y que llegaría un poco más tarde. Sonaba más racional.

“Racional”, pensó, “claro, una cosa es el auto y otra es un perro, pero... un perro no es una cosa, es un ser vivo, alguien capaz de demostrar afecto, miedo, fidelidad, amor. En cambio un auto es algo inerte, incapaz de manifestar ningún sentimiento y, sin embargo, es mucho más razonable y justificable estar demorado por el auto que por un perro”.

Volvió a asomarse y estaba sólo el perro en la camilla. Tenía un suero colgando del gancho y estaba tapado con una manta. Respiraba agitado y tenía los ojos cerrados.

Lo acarició y el animal abrió los ojos. Lo miró agradecido y los volvió a cerrar. Hasta le pareció que la manta se levantaba un poquito en el lugar de la cola.

Le pareció nomás. Porque cuando vino la doctora con una radiografía, le informó que tenía quebrada la columna.

Temeroso, le preguntó cómo seguiría esta película.

-Mal, hay que sacrificarlo.

-No, ¿cómo que hay que matarlo? ¿No se puede hacer otra cosa?

-Mire, este animal tiene pocas chances de vivir y si lograra sobrevivir, quedaría paralítico en su cuarto trasero. Además ni siquiera tiene dueño, ¿quién se va a hacer cargo?

- Yo. Yo me voy a hacer cargo. Yo lo pisé, yo lo voy a cuidar. Sálvelo por favor.

“Estás loco”, se dijo, “la Silvia te mata. Encima de todos los quilombos de guita que tenemos, los críos, el baño medio roto y vos te apareces con un perro, y para colmo paralítico. Te mata. O peor, te echa a patadas”.

-Sálvelo doctora, no lo sacrifique.... yo me lo quedo.

Cuatro días quedó internado y cuatro tardes fue a verlo, después del trabajo. Parecía increíble, pero el bicho sabía que vendría, lo esperaba, lo buscaba con la mirada y era el único momento en que aceptaba tomar agua.

Por supuesto, en casa “silencio de radio”. Para Silvia estaba haciendo horas extra.

Finalmente la doctora decidió que ya podía llevárselo a la casa. Tendría que estar inmóvil por un mes y habría que estimularlo para que comiera, pues ya no recibiría suero. También le dio un chorizo de remedios para comprar y algunas muestras para que continuara tomando.

Lo cargó en el auto y cuando llegó a la casa se persignó y metió el auto en el garaje.

La llamó a Silvia y a los chicos y se los mostró. El desgraciado puso una carita de víctima, bajó las orejas y todo. Pero... no alcanzó. Cuando les dijo de qué se trataba, se armó. Silvia gritaba como una sacada: -Vos no pensás, ¿qué vamos a hacer con un bicho así? ¿De dónde vas a sacar la guita para los remedios? Vos estás loco. Él la alcanzó, la hizo girar, le puso las manos sobre los hombros y con toda la calma que pudo juntar le dijo: -¿No entendés que está vivo? No puedo matarlo, no puedo.

Increíblemente, después de tantos años de convivencia, Silvia vio que estaba llorando. Era la primera vez. Ni cuando había muerto don Jacinto lloró, y eso que él adoraba al padre.

De pronto comprendió que sería inevitable. Los chicos lo estaban acariciando, José la abrazaba con una congoja que le partía el alma y ella no era una piedra. Amaba a los animales... y ya se arreglarían para cuidarlo.

Poroto se quedó entre ellos por cinco meses. Fueron cinco meses de cuidados y de amor recíproco hasta que una noche en que José le estaba dando agua, le lamió la mano y cerró los ojitos, tranquilo.

POEMAS

Ana Laura Cleiman (promoción 2001)

Qué no

Qué si te aplasto te arrugo te abollo te tiro

Qué si te levanto te estiro te plancho

Qué si te quemo

Qué si te rompo te mastico te escupo

Qué si te seco te cuelgo te me pongo de vestido

Qué si te paseo

Por baldosas sueltas rotas

 Por quietos charcos como viejas fuentes

 Por peligrosos cordones como cornisas

 Por crecidos florecidos pastos coloridos

Qué si vos en mí

¿Es que no cabés?

Entonces, de una bocanada respiro todo el aire del mundo

y me inflo y me vuelvo gigante flotante

Qué si así paseás en mí conmigo,

¿paseamos? qué

Shhhh

Silencio,
más audible que un grito.
Las verdades, los deseos más profundos
rumian en tu cabeza
Se escapan por las noches
entre tus labios involuntarios
Tus labios voluntariamente cerrados
durante la vigilia.
Nunca fui buena costurera,
prefiero cortar los hilos de tu boca.

Asma

Te voy a pedir que respire hondo
Y que te desinflés en un silbido
Así puedo embotellar todo tu viento
de amor en un puf puf que me salve
en cualquier colectivo donde me quede sin aire
de tanto faltarme

Habla él

Empiezo por volverme agua en tus manos. Te vuelvo un erizo, deslizándome por tu cuerpo en mil escalofríos sin pausa. Comenzás a temblar mientras me vuelvo calor como de infierno que te agobia en la cabeza. La garganta te la vuelvo estrecha, estrechísima, y no te dejo sentir el fino hilo de aire que con desesperación empezás a buscar. Te revuelvo las tripas, confundiéndolo todo. Me instalo en tus pupilas como una lente que mira por vos; me

apropio de tus percepciones hasta que tus manos y tu voz se te vuelven ajenas. Te llevo al extremo. Sentís que no hay aire en el mundo que puedas tragar para salvarte de mí. Te someto a la idea de finitud hasta que terminás por desecharla de inmediato. No pasará mucho hasta que tus signos vitales se normalicen, pero no es mérito tuyo que yo haya pasado, no. Yo no soy la muerte, soy sólo una amenaza. La marca que te dejo, lo intenso de la experiencia vivida, es mi mayor victoria: me asegura una permanencia sin fin.

EL LOCO DE LA BOINA²

Mariano Sanahuja y Matías Rozenberg (promoción 2002)

Esa noche de sábado, en Sídney, como todas desde hacía ya diez años, los hermanos Arthur y Morty Macana se preparaban para un nuevo robo. Arthur, el mayor, un hombre pálido, alto y de pelo color oro, abrió la ventana y se quedó vigilando que no pasara ningún policía, mientras que su hermano, un joven pequeño y morrudo, entraba y seleccionaba los objetos de valor para llevárselos. En el caso de que la policía se acercara, Arthur pegaría un chiflido y escaparían rápido.

Esa trágica noche el objetivo era el viejo caserón de Doña Estela Maris, una viuda singular. Todo parecía normal hasta que Arthur empezó a preocuparse por la tardanza de su hermano. Rápidamente, observó por los grandes ventanales que tenía la propiedad y vio con mucha sorpresa a Morty concluyendo el acto sexual con la dueña de casa. Pero mayor fue su sorpresa e indignación al ver que la anciana tenía un arma en la mano, con la que apuntaba a su hermano. En aquella silenciosa madrugada, el ruido del balazo, la estruendosa caída de Morty, provocaron en Arthur un ataque de nervios, con posterior pérdida del conocimiento.

Al despertarse, descubrió con angustia que se encontraba detenido en una solitaria celda de la prisión de Sídney. Escuchó unos

² Publicado originalmente en el Anuario 2001.

pasos que se acercaban: era el comisario, conocido por su brutalidad para tratar a los detenidos. Era un hombre que daba miedo con el solo hecho de mirarlo a los ojos. Él mismo le dijo que habían identificado el cuerpo de su hermano (Arthur y Morty eran muy conocidos en la ciudad). Como Arthur sospechaba, había fallecido. Igualmente la confirmación de la noticia provocó en él un ataque de locura, seguido de muchos gritos en los que decía cosas incoherentes y daba golpes contra la pared. Hasta intentó suicidarse golpeándose la cabeza contra las rejas. Esto no cesó hasta que el sargento decidió enviarlo al manicomio, tres días después.

Allí, Arthur recibió atención médica, pero igual vivía aislado. Unos días después de su llegada conoció a un psicólogo llamado Bob, quien lo consoló y ayudó. Pero la muerte de su hermano pareció haber dejado secuelas imborrables en su mente.

El pobre Arthur pasaba sus días sentado en algún rincón, desnudo, solo llevando en su cuerpo una boina que Bob le había regalado. Por esta razón, los enfermeros lo llamaban *El loco de la boina*. Arthur dormía mucho y soñaba cosas extrañas. Muchas veces le relataba a Bob sus diferentes sueños, como cuando soñó que nadaba, sabiendo que no sabía nadar, o cuando soñó que tenía una esposa y varios hijos, aunque todos en la ciudad sabían que era impotente. Pero el sueño más raro de todos fue cuando soñó que tenía relaciones con la conductora argentina, la señora Mirtha Legrand de Tinayre. Este relato terminó de convencer a Bob de que su paciente estaba desquiciado, por lo cual decidió enviarlo a la Isla de los Locos, un lugar apartado de la sociedad, para gente con problemas mentales serios.

En esta isla paradisíaca, que tenía entre sus cosas más exóticas un volcán en actividad -verdadero motivo por el cual los locos eran enviados ahí- Arthur se encontró con gente amable y tan loca como él. Todos estaban desnudos -excepto nuestro loco amigo, que solo llevaba su boina- debido a que les habían quitado sus



Ilustra: Ramiro Sottosanto 3° año 2012

ropas para donárselas a los perros callejeros, y que no pasaran frío en el crudo invierno australiano.

En la isla, Arthur se enamoró de una muchacha de origen italiano, muy simpática, que se llamaba Lola. Lola estaba allí porque se creía un pingüino.

Atraído por su olor a pescado, Arthur se acercó a ella, y juntos pasaron momentos muy bellos. Un día funesto en la historia de la Isla de los Locos, Lola, con sus ideas sobre que era un pingüino, se subió a lo más alto del volcán y saltó, pensando que volaría. Pero la pobre Lolita se había olvidado que los pingüinos no volaban.

Al día siguiente, con mucha tristeza, todos disfrutaron de una rica cena con los restos de la italiana; pasaban mucha hambre los pobrecitos, y estos banquetes no se daban muy seguido.

Poco tiempo después, a todos se les fue la angustia, al igual que sus vidas, porque el volcán entró en erupción y no quedó nada... excepto la boina de Arthur, y ochocientos cuerpos destrozados y calcinados.

LA TRAVESURA

Agustín Satorre (promoción 2008)

Estaba algo apurado, debía terminarlo y solo tenía una semana. Era un proyecto importante: si se lo aprobaban, podría hacer las refacciones en la cocina que tanto quería e irse de vacaciones con toda su familia.

“Bueno, comienzo”, se dijo mientras se sentaba en su escritorio. Empezó por elegir el contexto: algo negro con puntos blancos le parecía estético. Como contraste, el círculo sería azul, verde y marrón en todas sus tonalidades. Los días fueron pasando y el proyecto florecía. Si bien estaba algo cansado, había en él un gran entusiasmo. Todo iba a la perfección, cada cosa guardaba una encantadora relación con la otra. Cada una de ellas cerraba de manera perfecta el sistema, un sistema que por primera vez logró ser autosustentable. Para finalizar, decidió ponerle nombre a cada elemento y, ya caída la noche del sábado, irse a dormir. Estaba completamente conforme.

Apagó la luz del escritorio. Mientras tanto, le dio una última mirada a su proyecto, que resultaba (para él) ser perfecto. Por el cansancio, olvidó cerrar el estudio con llave, y en medio de la noche su hijo entró para ver qué era lo que le había estado quitando tanto tiempo a su padre.

El pequeño quedó atónito: era hermoso, magnífico. Pero como todo niño, quiso hacer su propia parte. Formó entonces un úl-

timo elemento. No tenía muchas ganas de pensar, lo hizo a su imagen y semejanza. Era pequeño e inexperto, por lo que pensó muy superficialmente sus cualidades.

-¡Papá va a estar orgulloso de mí! -exclamó emocionado, y luego volvió a la cama, pensando que más tarde su padre se enorgullecería de semejante labor.

Cuando él despertó por la mañana siguiente, no lo podía creer. La intromisión del niño definitivamente había corrompido el sistema. Ya no era sustentable, el elemento último estaba consumiendo todo sin dejar que lo demás se reproduzca. El equilibrio se había roto. Furioso, tiró el proyecto por la ventana. Su obra cayó finalmente en el patio de la casa vecina, que permanecía abandonada hace ya tres largos años.

Allí fue donde aquel trabajo quedó en el olvido y comenzó a descomponerse lentamente, hasta desaparecer.

LAS MAQUETAS Y LAS COSAS

Gonzalo Freijedo (promoción 2001)

Existen unas cuantas metáforas acerca del modo en que se construye o se organiza el saber, imágenes que quieren hacer intuible la jerarquía (o no) de las diferentes disciplinas que configuran el conjunto de la ciencia humana.

Así, por ejemplo, de la Modernidad nos llegan las figuras del árbol y del edificio. Ambas grafican la totalidad del saber científico, con la filosofía como su raíz o cimiento.

En cuanto a los intentos descentralizadores, tenemos el rizoma de Deleuze y Guattari (que se opone a aquella imagen del árbol) y los indescidibles derrideanos, como el tímpano o el himen (que dan nombre a los espacios intersticiales que se filtran por entre las férreas dicotomías metafísicas que están a la base de aquellos edificios modernos, haciéndolos presuntamente tambalear).

Yo quisiera agregar una metáfora. Pero antes, éste es el relato que la inspiró:

Construyo maquetas y pequeñas represas, pero no maquetas de represas. Las maquetas se tienen como fin a sí mismas, y hay algo de buscar la perfección en la imitación a escala, y hay algo de liberador, algo trascendental en la paciencia que requieren. Las represas van contra el agua infatigable; hechas de pequeñas piedras, para muchos, tal vez, ni siquiera sean vistosas.

Una vez tuve que casar mis habilidades y construí una represa que protegía el pueblo-maqueta que por un capricho irresistible me vi obligado a armar en el medio de un pequeño arroyo. Quienes lo vieron dijeron: 'Qué hermoso, con represa y todo'. ¡No! La represa no era parte de la maqueta, la represa era una represa real, pequeña, pero real, y la maqueta era una maqueta, un pueblo sin gente, unos autos sin gasolina ni motor, unos caballos de plástico sin sangre ni venas. Intenté explicarlo, y alguien agudo pero fastidioso observó: 'Pero hombre, para no prestar a confusión hubieras construido una represa con esas casitas y esos autos y esas porquerías que pueblan tu maqueta'. Eso no solucionaba nada. Entendió mi réplica, pero yo no podía dejarlo pasar así nomás. Había propuesto algo así como una actividad que se oponía puntualmente a las mías. Lo invité a tomar algo para discutir el asunto; resultó ser más ingenioso de lo que esperaba.

Comencé repitiendo mi motivación:

'Ese pueblito se parece mucho a uno que visité hace algunos años, por el Noroeste, y que estaba rodeado por dos ríos, de una manera parecida a como los dos brazos del arroyo que la represa deja correr rodean la maqueta. Por eso quise ponerla ahí, y por eso necesité construir la represa para asegurarla del agua'.

A lo que respondió: 'Pero podrías entender que lo primero que piensa uno que está fuera de tu cabeza es que la diminuta represa es parte de la maqueta'.

Volví a increpar: '¿No es obvia la diferencia? Esas piedras las tomé de aquí, son piedras reales... moradas, ocre, verdosas como los cerros de los alrededores, realmente cambian el curso del arroyo. Si todo fuera una composición única, sería de un eclecticismo insoportable. Pero ese ya no es el punto. Propusiste una represa hecha con piezas de maquetas y se me ocurre que podría cumplir la función de resguardar del agua a un montoncito de piedras'.

Sonriendo, me dijo que siempre la inversión de papeles resulta algo estimulante.

'No, claro, pero mi punto es que quien haga eso...'

Me interrumpió diciendo: 'Yo puedo hacerlo. A decir verdad, la represa me encantó, pero odio las maquetas'.

Me fui un poco más tranquilo: ningún plástico conseguiría el ruido del agua contra las piedras, rasgo clave y fundamental de lo que yo había llamado siempre (no sé si erróneamente) 'pequeños diques sonoros'.

Más tarde di con la trampa obvia: hablaba con un hombre que tallaba piedras.

A veces ese hábito de pensar (y pensar, para colmo, a partir y a través de categorías filosóficas) se me aparece como una especie de “pequeño dique sonoro”, que quiere contener, al menos parcialmente, el infatigable flujo de la realidad (o de las filosofías, o de los apuntes, o de lo que sea). Tal vez porque algunos tenemos la sensación de vivir en maquetas, o porque por momentos no soportamos el agua y nos sacamos del juego. Pero sobre todo porque el agua filtrándose y el sonido a fuente y calma nos recuerda que no todo es “pensable” y que, pongámonos donde nos pongamos, nos mojamos.

PD:

Años más tarde conocí al autor del relato, y pude comentarle estos pensamientos que me había inspirado. Pero entonces me pasó algo parecido a lo que le había pasado a él con el tallador, al ver que él entendía mejor mi metáfora: “Te olvidaste de lo más importante: la velocidad del agua, antes y después de la represa”.

Sólo entonces tuvo sentido lo que había pensado.

MICRORELATOS

Mariela Mazzú (promoción 2008)

“El patio, su patio”

Una mujer, 75 años, el rostro avejentado, arrugado, ojos negros, en su ojo izquierdo una mancha blanca, parece ser principios de cataratas, gorda (ante los ojos de alguien prejuicioso), orejas grandes y labios finos. Ella grita al hablar por problemas de audición y lo hace sobre los demás, logrando que la paciencia de los que la rodean comience a desaparecer.

En Capital Federal, barrio Villa Ortúzar, calle 14 de Julio, hay una puerta negra entremedio de un portón pintado de verde (a la derecha) y un garaje blanco (a la izquierda). Al abrir la puerta, esa mujer se siente plena. Camina el largo pasillo que tiene por delante, saca sus llaves, abre una reja negra que se encuentra justo en la mitad de aquel; continúa su camino hasta llegar a la otra puerta, su puerta, la puerta que abre al entrar a su casa.

Lo primero que ve al entrar es una mesa, cuatro sillas y a pocos metros un televisor y un sillón; pero lo que la hace sentirse plena no es esa parte de la casa sino el patio, su patio. Por doquier se ven plantas y las que más predominan son las azaleas. Tiene una mesa y dos sillas que una de sus hijas le regaló. Como centro de mesa tiene una azalea pocas veces vista: está cultivada con una técnica llamada “kokedama”, una tierra envuelta de musgo sin maceta.

Del lado derecho del patio, en la pared, hay un cuadro colgado con una imagen de San Cayetano. La mujer es muy creyente y es en el único lugar donde se ve una imagen de un santo.

Del lado izquierdo tiene una planta llamada Romero y cinco azuleas, algunas más florecidas y otras no tanto. Se pueden ver distintas plantas cuando se observa el jardín, que en vez de tener pasto tiene piedras (es una de las pocas cosas que la mujer no eligió, la que decidió colocarle las piedras fue otra de sus hijas). En el centro del jardín hay un limonero muy grande y alrededor un ficus, un helecho, un syngonium, una palmera, un arándano, un jazmín de Madagascar, un “corazón de estudiante” (que es llamado así porque sus hojas tienen forma de corazón), un jazmín de leche, cascarita de nuez, boina de vasco, aralia, dos laureles, un jazmín paraguayo, jazmín chino, un rosal y hortensias.

La mujer no tuvo una vida fácil pero lucha y nunca se la ve sin su sonrisa tan particular. Cuando sus cuatro nietos conversan con ella se quedan maravillados por la mujer que es: ella es luz, es aquella abuela que todos quieren tener y que todos envidian. Más allá de sus gritos y todo lo que venga de la mano de la vejez, es una persona querida por muchos; a veces sus nietos le hacen bromas diciendo que ella tiene más amigos que todos ellos juntos y eso es un hecho. Disfruta conocer a las personas, le da curiosidad cómo son en su vida privada; sí... es chusma pero ella es así, siempre fue de esa forma y la gente lo sabe y la aceptan.

La locura que “la abuela” tiene por las plantas no todos la conocen, sólo sus familiares y amigos muy cercanos. Apenas ponen un pie en su casa, ella los lleva al patio, su patio, y muestra orgullosa sus plantas. Cuando las ve tristes, la mujer se pone triste junto a ellas. Cuando las ve crecer parece que ella crece junto a ellas. Es una mujer feliz y sus plantas también.

“Memoria de Lector”

Realmente me costó pensar en lo que había leído en mi infancia; no me resultó fácil. Con el correr de las horas, me propuse recordar cómo empecé a leer y reflexionar sobre aquellos tantos libros que mis padres nos regalaban a mi hermano y a mí.

Cuando era pequeña no me gustaba leer absolutamente nada, adivinaba las palabras; las ganas de quitarme de encima lo que tenía que estudiar eran tantas, que varias veces me llamaban la atención mis padres y mis profesores del colegio por eso mismo.

A los nueve años, mamá nos llevó a mi hermano Manuel y a mí a un control oftalmológico de rutina, tal como sugirió el pediatra. El resultado fue desastroso. Pasé uno de los peores momentos que recuerdo: mi hermano leía hasta las letras chicas y yo no llegaba a leer ni la tercera hilera. Nadie podía creer lo poco que veía, ni siquiera yo misma. Llegaron a pensar que estaba haciendo un chiste, pero no era así: la miopía y el astigmatismo se habían apropiado de mis noveles ojos. La primera pregunta que me hicieron fue cómo no me había dado cuenta, cómo había pasado todo este tiempo sin grandes problemas ni en la escuela ni en el deporte que practicaba con pasión, el patinaje artístico. Mis padres se sentían culpables ya que jamás habían notado que tenía este problema. Ahora todo cerraba: no se trataba de adivinar las palabras porque sí, sino porque no lograba ver con facilidad. Ese mismo día, apenas salimos de la consulta, fuimos a una óptica muy reconocida donde probamos cristales y elegimos marcos. A los pocos días estaba usando mis primeros anteojos. Al salir del local descubrí un mundo nuevo. Jamás me voy a olvidar que en ese momento me quedé viendo los árboles. Antes de usar anteojos creía que la copa de los árboles era una masa verde, una especie de cúpula informe que solo al ser tocada por el viento dejaba caer un pedazo de ella, y en su contacto con el aire, formaba la hoja al caer. Un mundo nuevo se abría para mí, todo adquiriría una

nueva dimensión. Ahora sí, podía ver con claridad lo que decían los carteles de los anuncios publicitarios que se encontraban en la calle y mi felicidad era inmensa porque me daba cuenta de que podía leer sin adivinar. Así comenzó mi aventura.

En casa, por donde sea, hay libros de todos los géneros, los que usan mis padres en su profesión (los dos son médicos), de política, clásicos, policiales, historietas, en fin... una gran gama de intereses, lo que se diría un “amplio espectro”. Mis padres aprecian cada uno de ellos, ninguno les resulta insignificante, salvo algunas excepciones, por ejemplo aquellos que comprábamos con mi hermano en las ferias del libro que realizaban en el colegio primario, de chistes para niños.

Uno de los libros al que hoy en día le sigo teniendo un cariño inmenso y en lo personal es de gran valor, es de un autor que realizaba shows infantiles; lo conocí por las canciones que me acompañaron en la infancia, y uno de los lugares donde más lo escuchaba era en el auto de papá. Aquel libro amado es estéticamente diferente a todos, llama la atención la forma asimétrica con su fondo amarillo, los dibujos que aparecen en forma animada; realmente parece un libro con cierta locura. En la contratapa se encuentra la foto del escritor que genera alegría en los que la ven. La lectura de este libro se convierte en diversión, ya que contiene distintas adivinanzas, juegos de palabras y situaciones disparatadas.

Tiempo después me encontré leyendo otro libro del mismo autor. Esta vez sentía que lo había escrito para mí. Éste, a diferencia del libro anterior, proponía una lectura de otro estilo, más emotiva, ágil y apacible. Esto logró que, a donde fuera, llevara conmigo al libro; lo guardaba en mi carterita de Xuxa como si fuera un tesoro que tenía que cuidar.

La tapa también era distinta: el fondo de color azul, con la imagen de un niño sentado en la cabecera de su cama, leyéndole a una cebra pequeña colgada de una luna rodeada de estrellas rojas y amarillas suspendidas de un hilo.

En los últimos años del colegio primario, la querida maestra Sandra nos invitó a leer distintos libros. Algunos no me gustaban pero luego lograban atraparme, como es el caso de uno de los que más me impresionó. Se trataba de una historia que transcurría en un teatro con un ser que parecía intangible y era tan real como la persona que está leyendo esta memoria de lector y yo.

En otra de mis aventuras literarias, una pregunta me quedó flotando: ¿qué es el *carborundum*? Nunca tuve respuesta. Otra frase que impresionó todos mis sentidos y sigue acompañándome es que “lo esencial es invisible a los ojos”.

Al comenzar el secundario, aprendí a cocinar y tejer de la mano de Tita. La misma autora, años más tarde, me enseñó que la ley del amor se cumple siempre aunque pasen siglos, porque los astros se conjugan para que así sea.

En esos años consumía mucha televisión. A veces se plantea en forma antagónica el hábito de lectura y las horas que uno pasa frente al televisor. Sin embargo, para mí, resultó estimulante. Contra todos los prejuicios establecidos, ciertos programas de televisión me motivaron a leer. Recuerdo haber devorado tres tomos de la escritora María Grinstein, que cuentan historias reales de crímenes cometidos por mujeres, que al mismo tiempo son también las víctimas. Luego, para variar la lectura, opté por leer un libro de otro famoso personaje televisivo, con un título robado de un disco de *Mahavishnu Orchestra* de McLaughlin. Este autor recurre al formato *libro collage*.

A los quince años comencé a estudiar teatro. El interés por este arte hermoso fue creciendo cada vez más. No sólo conocí un nuevo mundo del cual me sentía parte sino que, también, conocí un nuevo mundo literario. Por aquel entonces estaba segura de que quería ser actriz. Averigüé terciarios y conservatorios de arte dramático. Para la inscripción pedían que mencione las últimas obras teatrales que había leído. Realmente, no había leído ninguna, así que elegí empezar con una colección que abarca tanto a los autores argentinos clásicos (Florencio Sánchez, Armando Dis-

cépolo, Alberto Novión, entre otros) como a los más contemporáneos (Roberto Cossa, Griselda Gambaro, Javier Daulte, Daniel Veronese). De esta forma, gracias a Daulte, conocí una nueva versión de aquella niña que le llevó los pasteles hechos por su madre a su abuelita y en el bosque se topó con una criatura peligrosa que siempre acechaba por allí. Más allá del elemento humorístico que utiliza el autor para descomprimir la situación, se trata de una risa que no preserva al lector del estremecimiento.

Unos años más tarde, en otro de los talleres de actuación, leí una obra de estilo dramático sobre un casamiento sangrante, del poeta Federico García Lorca.

Actuar parecía ser mi futuro, inicié esa etapa con gran expectativa, porque creía que en esa profesión se encontraba mi vocación. Hasta que me descubrí más lectora que actriz, y con más ganas de comunicar a través de la palabra que del lenguaje corporal. Y aquí me encuentro, transcurriendo esta carrera.

Estoy segura que mi aventura literaria no finaliza aquí.

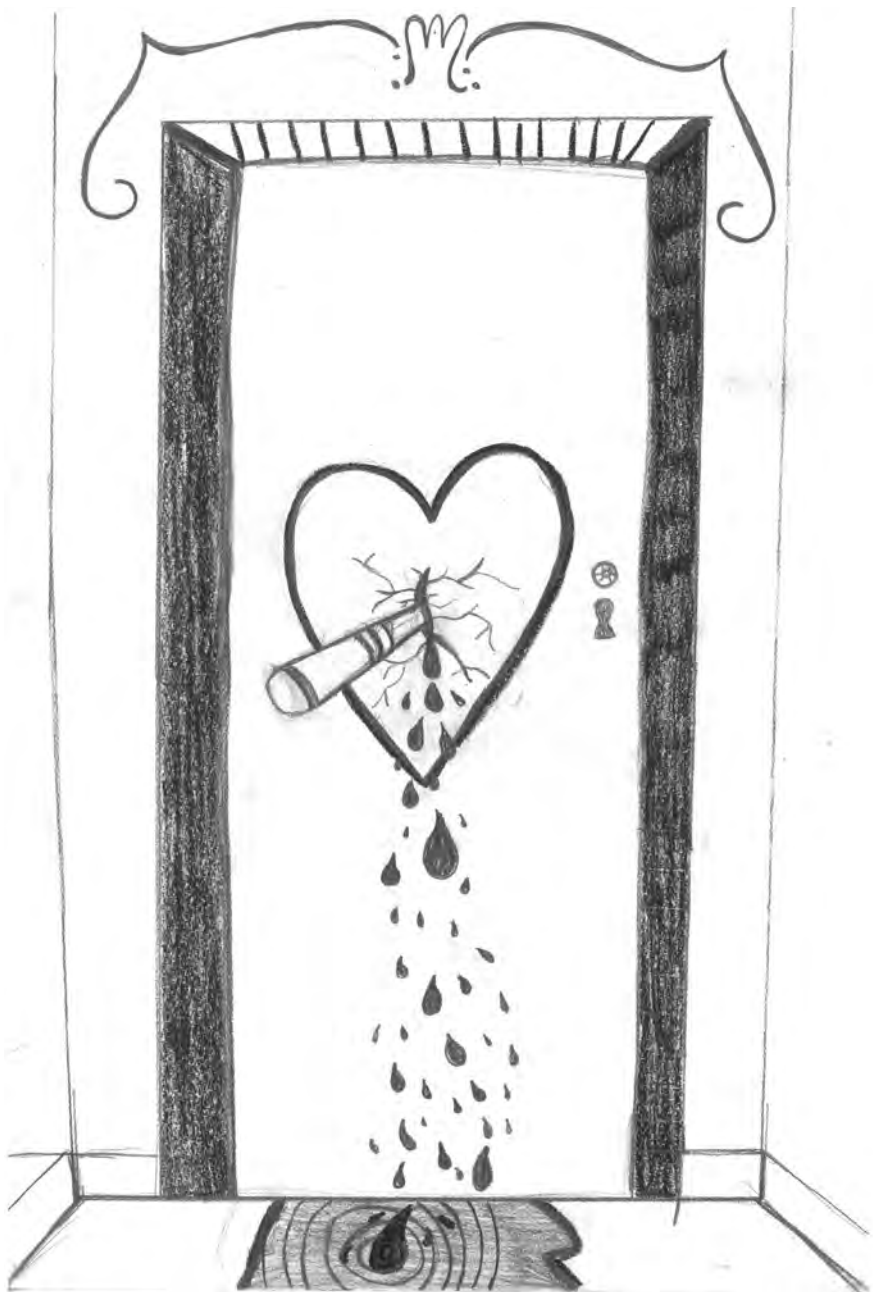
OTRO FINAL PARA
“CONTINUIDAD DE LOS PARQUES”³
Luciano Pozzi (promoción 2006)

El hombre, aterrado por la lectura de una situación similar a la suya, comenzó a transpirar; las piernas le pesaban y entonces, se dio vuelta y... nada, la nada misma.

La firme puerta de roble, aún cerrada. Y toda su angustia, tan fugaz como repentina.

Volvió a darse la vuelta y continuó con su novela, pero con gran desconfianza. Se asombró de que en la ficción, el hombre, cuando el amante se disponía a cumplir su cometido, se diera vuelta y lo viera con esa arma en la mano. Ambos comenzaron a luchar desesperadamente... El corazón del lector latía cada vez más rápido, y... un hilo de sangre caliente le recorrió todo el cuello. Con la poca fuerza que le quedaba, el estanciero se dio vuelta y... el puñal de un amante le quitó el habla a un hombre que no llegó a reaccionar.

³ Publicado originalmente en el Anuario 2002. “Continuidad de los parques” original de Julio Cortázar, *Final del juego*, 1956.



Ilustra: Julieta Pozzolo 3° año 2012

“REBELACIONES” MATERIALES

Agustín Aleo (alumno de 3º año, 2012)

Lo que van a leer a continuación no fue un hecho real, pero como se dice habitualmente en las novelas: “cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia”.

Todo comenzó una típica tarde de invierno, Francisco se preparaba para vivir unas vacaciones increíbles con su familia. Su mamá, Norma, estaba preparando las valijas cuando de repente algo muy extraño, algo difícil de explicar, sucedió: la valija comenzó a moverse y a cobrar vida propia, descendió por las escaleras y empezó a “caminar” por toda la casa. Abajo estaba su padre Julio, quien al ver la valija moverse por sí sola comenzó a perseguirla hasta atraparla. Cuando consiguió su objetivo la regresó al piso de arriba, pero las sorpresas continuaron.

Un ejército de ropa de hombre y de mujer rodearon a Julio y se encargaron de darle varias patadas, su esposa Norma y su hijo Francisco trataron de ayudarlo pero para las prendas eso fue una gran noticia ya que tenían a toda la familia reunida para poder vengarse aún más.

Cuando todo este conflicto de ropa terminó, la familia se dispuso a terminar las valijas lo antes posible para poder partir a San Carlos de Bariloche, lugar en el que se alojarían durante dos semanas y pasarían unas lindas vacaciones en familia.

Se preguntarán por qué digo “pasarían unas lindas vacaciones”. La respuesta se las contaré a continuación. Cuando el padre fue al garage a guardar todas las cosas, algo extraño, muy extraño, sucedió: el auto estaba con las cinco puertas abriéndose y cerrándose, la bocina sonaba permanentemente y las luces se encendían y apagaban al compás de la bocina. Finalmente Julio presionó el botón de la alarma que se encontraba en la llave del vehículo y todo volvió a la normalidad.

La familia subió al coche y partió rumbo a su destino vacacional, pensando que nada más habría de pasar. Pero no todo fue color de rosa durante el viaje. A mitad de camino el coche se quedó sin combustible y Julio tuvo que caminar unos cuantos kilómetros con una botella en busca de nafta.

Cuando regresó, cargó la nafta y continuaron con el viaje. Pasadas cuatro horas el sueño se cumplió o, mejor dicho, parte del sueño que era llegar a San Carlos de Bariloche. Tuvieron que recorrer gran parte de la ciudad para llegar al hotel y atravesar un camino de tierra con muchas curvas. El hotel era muy lindo. “Como de cuento”, dijo la madre. Y así lo era, las paredes de afuera estaban construidas con piedra y troncos de ciprés y el techo estaba hecho de tejas.

Bajaron del vehículo y empezaron a caminar sobre un sendero de piedras hasta subir una escalera; unos pasos más y ahí estaba la recepción, muy cálida y con un lindo y confortable hogar a leña. “Buen día, ¿cómo viajaron?”, preguntó la recepcionista. Ni Norma, ni Julio sabían qué responder: “Muy lindo el viaje”, dijo Francisco, y los padres le sonrieron al ver que había disfrutado de tan largo recorrido. Cuando todos los trámites del check-in fueron hechos, la familia se dirigió al coche a buscar las valijas para llevarlas a la habitación. La recepcionista le entregó a Norma las llaves de la habitación y todos se encaminaron con el equipaje. Cuando subieron al ascensor, éste bajo al subsuelo, subió cinco pisos nuevamente, se detuvo y continuó subiendo. Otra *rebela-*

ción para estas vacaciones que no estaban saliendo del todo bien para la familia.

Finalmente llegaron al décimo piso, doblaron a la derecha, caminaron por un pasillo, doblaron nuevamente a la derecha y llegaron a la puerta de la habitación.

La habitación era muy confortable. Living, cocina, baño con hidromasaje y dos habitaciones. Sin duda, a pesar de los contratiempos que habían sufrido en el camino, las vacaciones fueron de lo mejor.

Debido al largo viaje hacia Bariloche la familia decidió descansar un rato y más tarde caminar por el Centro Cívico.

Mientras Norma y Julio dormían, Francisco decidió acostarse en el sillón del living y mirar televisión. Cinco minutos después una fuerte nevada comenzó a caer sobre la ciudad y para Francisco esto no fue algo menor, así que tomó la cámara y se fue al balcón que tenía el departamento, con el objetivo de capturar unas buenas fotos. Sin embargo, la cámara de fotos actuaba de un modo extraño: el zoom aumentaba y disminuía, sin previo aviso. Esto comenzó a ponerlo nervioso a Francisco y a dejarlo sin la posibilidad de capturar sus fotos deseadas.

Se enojó de tal manera que tiró la cámara por el aire y ésta no paró hasta la planta baja. La madre se despertó al oír el ruido y salió al balcón. Norma se enojó tanto que decidió, junto a Julio, regresar a Buenos Aires. Francisco trató de pedir perdón por lo sucedido y los padres lo aceptaron. La familia estuvo en Bariloche unos días más disfrutando las vacaciones de invierno.

Finalmente llegó el último día y Julio, Norma y Francisco compraron chocolates para llevar a Buenos Aires, entre otros recuerdos típicos del lugar. A las dos de la tarde la familia partió rumbo a la Ciudad de Buenos Aires.

Este fue el relato de lo que le sucedió a los miembros de la familia Belmont, testigos de varios episodios de *rebelaciones* materiales.

MI PRIMERA CARTA DE AMOR

Lucía Pezzolo (promoción 2010)

Otra vez, como todos los días, me levantaría y me prepararía para salir a trabajar. Primero el problema de levantarse; espabilarse en la mañana nunca ha sido fácil para mí. Lo siguiente era muchas veces buscar la ropa, pensar en los colores y combinaciones, en los gustos y las ganas, y finalmente ponerse algo para salir. Luego venía el desayuno. Dependiendo de mi humor podía ser algo ligero, como tomar un vaso de jugo, o algo más pesado, como unas tostadas con manteca.

Muchas cosas podían alterarse cada mañana, cada día, pero algo siempre se mantenía: después de terminar las preparaciones y chequear la valija, siempre me acercaba a la puerta y tomaba el picaporte. Los primeros días solo me detenía allí, esperando y, con el tiempo, comencé a aplicarle una cuenta regresiva.

Empezaba desde el veinte. Cada número, un segundo. Veinte segundos de espera ilusionada que cada día no hacía más que perder.

20...

5... 4... 3... 2...

1...

Nada.

Ningún resultado.

Ni un ruido fuera de lo común, ni ningún extraño acercándose. Después de los veinte segundos era soltar el pomo y caer en la desilusión. Aquel hombre de ensueño que caminaría hacia mi departamento, sigiloso, tratando de no destacar, y deslizaría aquel sobre añorado por debajo de mi puerta, no llegaría jamás.

Después de eso, solo quedaba salir a trabajar.

Una mañana, mientras desayunaba, escuché unos pasos extraños fuera del apartamento. Unos pasos temblorosos, los pasos de alguien que carga con algún secreto. La esperanza comenzaba a despertarse, curiosa de ver quién sería, mientras mi cerebro, precavido ante la decepción, bajaba sus expectativas a un nivel donde pudiera desecharlas. La esperanza y el fracaso luchaban igualadas mientras los pasos se acercaban. El sonido de los pies arrastrándose se detuvo de pronto. Cerca, muy cerca.

Era aquel sonido.

El sonido que tanto había esperado escuchar. El sonido de alguien que saca un sobre de su traje.

Recuerdo lo mucho que me concentré en ignorarlo. Sin embargo, aún cuando hacía mi mejor esfuerzo, la esperanza se negaba a desaparecer.

Fue entonces cuando asomó, deslizándose delicadamente por debajo de la puerta del apartamento, un sobre blanco con un hermoso corazón como sello para mantenerlo cerrado.

La esperanza sobrepasó a la desilusión con tal fuerza que mi cuerpo entero se abalanzó hacia el sobre.

Es una pena no haber podido predecir lo que al minuto leí en su interior:

*Con lástima,
Tu padre.*

No sentí peor decepción y humillación en mi vida que la que sentí aquel 14 de febrero, Día de los enamorados, de hace ya medio año. Fue tal el golpe dado a mi alma en aquel momento que, mientras los pasos de mi desgraciado padre se alejaban, ni siquiera tuve la fuerza para ponerme de pie nuevamente, abrir la puerta y llenar todo su cuerpo de los peores insultos que hubiese podido imaginar. Permanecí agachada, con el sobre abierto y la mediocre carta en mis manos. Para cuando quise darme cuenta, ya todo se había nublado y grandes gotas saladas resbalaban por mis mejillas, frías como el hielo, cayendo sobre el papel.

Los mares no cesaron sus olas hasta ya pasado el tiempo. No pude moverme hasta llegada la calma.

Y luego me encaminé hacia mi trabajo.

No solo por la decepción y humillación que se había asentado en mi alma sin querer abandonarme desde la mañana, y no solo por mi estado de ánimo, evité a todos y a todo a mi alrededor. No recaí en nadie. No tenía sentido saludar si jamás me habían saludado ni teníamos en ningún caso alguna relación. Sólo me dejé caer en la silla dentro del rectángulo minúsculo. Una oleada de tristeza inundaba mi interior y escapaba por mis ojos sin cesar. Trabajé como lo hubiera hecho siempre. Ni siquiera era mi trabajo favorito; ni se le acercaba. Sin embargo, aquel día sentía caer mi alma tan bajo que podía tocar el fondo de la miseria que se había acumulado en mí, como guardada en un cajón desde hacía muchos años: cada palabra hiriente, cada amor frustrado, cada gesto amable despreciado, cada persona que me había ignorado dejando en mí la arrasadora sensación de ser rechazada por absolutamente todo el mundo y no poder jamás recibir el amor de nadie. Y el único que no me ignoraba era mi padre que sólo sabía recalcar el hecho de que no tenía a nadie.

Con esa misma sensación, con esa certeza de estar sola hasta el día que la muerte viniera a buscarme, llegué a casa aquella noche, colgué la soga, pateé la silla y sentí la presión en el cuello hasta que el aire dejó de llegar a mis pulmones.

Sé que lo hice, porque aquí sigue mi cuerpo inmóvil colgando, como si nadie jamás fuera a venir a verlo. Y yo también sigo aquí. Aún después del suicidio, volví a encontrarme aquí. Esperando. No sé cuanto esperé, debo haber esperado mucho, porque desde hace un tiempo que se encuentra allí, flamante, espiando con una de sus puntas bajo mi puerta, un sobre. Todavía no lo abro. Estoy esperando a ver si alguno de mis intentos por volver a manejar mi cuerpo funciona y me regresa a la vida para abrirlo, leerlo y correr a abrazar a la persona que escribió esa carta para mí. No importa qué dijera.

*

Epílogo

Querida Ana:

Buenos días, espero entonces que esta carta llegue a usted de día. Mi nombre es Gabriel Torcetta. Trabajamos en el mismo lugar, no sé si me recuerde. Solo una vez cruzamos mirada y luego siempre la he seguido con los ojos.

Durante mucho tiempo me pregunté qué imán emana de usted y me atrae, y finalmente hoy, sin querer razonarlo más, ya convencido de que no puede razonarse lo que siento... le confieso que ésta es mi primera carta de amor.

Suena algo embarazoso decirlo cuando estoy llegando a mis treinta. En el pasado tuve algunas experiencias, he estado en pareja, disfruté de muchas cosas, he llorado por más que 'los hombres no lloran'; no sé si he amado. Si soy sincero no sé si pasé de "gustar" en mis relaciones pero hubo algo distinto cuando usted apareció frente a mí. El día que la vi en el trabajo por primera vez parecía muy tranquila y noté su cuidado al hablar y caminar. Desde mi cubículo, al oírla y escucharla, me resultó algo aburrida, como quien va a donde no quiere y aun así permanece allí.

Cuando noté que no hablaba con nadie por cuenta propia pensé que tendría algún desencanto con la Humanidad.

Por mucho tiempo no me importó su presencia. Perdóneme porque algunas veces hasta olvidé que trabajábamos en cubículos vecinos. Usted no me importaba hasta que, tomando un café, la vi caminar en mi dirección. La observé sin disimular en lo más mínimo. Usted venía mirando al suelo, realmente como quien se rinde antes de comenzar a pelear. Se acercó a la cafetera, pagó un capuchino y esperó con su figura, extrañamente derecha para ser de alguien que mira al piso, y en cuanto estuvo hecho el café lo levantó (como si todo hubiera sucedido en cámara lenta), tomó un sorbo y giró la cabeza en mi dirección. Me miró con esos ojos que no podré olvidar jamás. ¿Cómo alguien que puede pasarse por alto aunque esté parada sola en una habitación carga dentro de sí un espíritu de lucha tan grande que se refleja y transmite por medio de esos ojos castaños de pronto tan hermosos...?

Con la misma calma y compostura que se había acercado volvió a girar y se fue, dejándome la sensación de que se alejaba de mí algo maravilloso, de que tenía tantas cosas para decirle pero no había palabras en mi cabeza. Tieso pero agradablemente cálido por dentro.

Aquel día tuve que quedarme después de hora porque había tirado el café en medio del pasillo y tuve que recuperar el tiempo que perdí limpiando (para lo que soy un desastre).

Aún hoy recuerdo su mirada tan claramente que asusta el no verla ahora.

Desde entonces la seguía con los ojos y esperaba tener la suerte de escuchar su voz. Con el tiempo volví a notar su cuidado, su delicadeza y fui acostumbrándome tanto a sus formas que hasta podía a veces adivinar lo que iba a decir antes de que lo hiciera.

Escucharla hablar era difícil; era obvio que nuestros compañeros de trabajo la habían visto a los ojos y sentían su instinto de pelea ya que muchos intentaban evitarla lo más posible y a veces hablaban

de que usted daba miedo. Que con su pelo, aunque no largo, pero negro y lacio, parecía sacada de una película de terror japonesa.

Tranquila, no comparto esta opinión. Disfrutaba enormemente de su presencia en el trabajo.

Un nefasto día tuve el horror de verla entrar envuelta en llanto. Lloraba sin disimulo, sin vergüenza, en silencio, y trabajaba como lo hubiese hecho siempre, salvo por el hecho de que le caían grandes lágrimas de los ojos, resbalando por sus mejillas sin que ni usted ni nadie las secara. Al verla, por primera vez pensé que tendría el valor de hablarle. Quise con todas mis fuerzas escucharla y consolarla... pero no lo hice. Pensé en sus amigos de otros ámbitos, pensé que un extraño como yo no debía meterse en los asuntos ajenos aunque sean de la mujer que ama.

Al otro día no apareció. Al día siguiente tampoco. El fin de semana pasó mientras yo esperaba el lunes para verla por aquí nuevamente, pero el lunes llegó y usted no aparecía.

Al pasar las semanas, cada vez estaba más nervioso, hasta que un día hablé con la jefa y le pregunté si era que acaso había renunciado para tomar otro empleo más acorde a sus gustos o si estaba tomándose unas largas vacaciones por algún problema familiar...

El destino sí que sabe cómo jugar malas pasadas.

Supongo que quizás ese llanto era algo más que un llanto. Me sorprende no haberme dado cuenta de lo profundo que debía de ser su dolor para hacerla llorar.

Desde que no ha regresado a la oficina he vuelto a llorar, por más que 'los hombres no lloran'. Escribo esta carta porque aunque no vaya a leerla, quiero decirle que la amo, que la adoro y la extraño con toda mi alma y no podré jamás olvidarme de usted. Que si por alguna de esas cosas de la vida anda cerca de aquí, me haría muy feliz si viniera a visitarme. Déjeme que la invite a quedarse, déjeme hacerle saber que hay alguien aquí que la esperará por siempre.

Usted fue, es y será el amor de mi vida.

Siempre suyo,

Gabriel.

AQUELLOS DÍAS, ENTRE DOS AÑOS DE VACACIONES Y BAJO LAS LILAS

Beatriz Pattacini (profesora de Biología)

Celeste, color del aire limpio. Como el cielo del verano que lo trajo a su placard.

La tela, tensa. Sus hilos entrelazados como espigas, o quizás no, pero en relieve. La pollera acampanada le permitía dejar volar la imaginación y pensarse en Baviera, correteando en el bosque con Sissi, persiguiendo venados. O huyendo por la noche, sin ser vista, con Sandokán, hacia la intrigante selva de Malasia.

¡Cómo admiraba esos vestidos con miriñaque que veía en las ilustraciones de sus libros! Entallado, sin mangas. Escote redondo, de mucho recato, siguiendo la línea del cuello. Como único adorno, rodeando la cintura, tres cintas brillantes de raso en el mismo color del vestido. Separadas entre sí en todo su recorrido por el ancho de un pulgar. Al bailar, girando rápido, la campana de la pollera se desplegaba con la forma exacta de los vestidos soñados. Cuando Marcela se introducía en él, despertaba a veces, junto a su admirada Josephine March escribiendo alocadas obras de teatro en la buhardilla, mientras figoneaba las actividades de Teddy Lawrence en la casa vecina. Otras, correteando con Anne por los prados de Tejados Verdes, esquivando al apuesto Gilbert Blythe. Alguna que otra vez, una bala confederada rozó su brazo desnudo. Y en alguna ocasión, debió cubrir su vestido con pieles, para

seguir a Grishka por la taiga, y junto con su oso negro, salvar la aldea de los tantísimos peligros de la saga.

Ese mágico vestido había pasado del ropero de su hermana al de ella. Y antes, había llegado a su casa desde el de su prima. El destino del vestido celeste era ése, peregrinar por los guardarropas de las primas, a medida que éstas crecían.

Cómplice de cada nueva heredera, mantenía en secreto sus sueños al llegar a manos de la siguiente. Pareciera que su cometido hubiera sido hacer florecer al máximo la imaginación de cada una, en su propio estilo.

¿Quién habría pensado que un vestido usado podía despertar tanta admiración en quienes lo heredaban? En lugar de padecerlo desataba en las primas una sensación de privilegio infrecuente en esos tiempos de estrecheces. He ahí la prueba de su hechizo.

Pasó la temporada de aventuras y la siguiente primavera delató lo que ya anunciaban los zapatos. Había que despedirse. El vestido no acompañaría a Marcela en los últimos soles de la escuela primaria. El peregrinaje debía continuar.

Fue triste. No hubo nunca otra ropa que le permitiera soñar despierta vivir en otra época.

Curiosamente, Silvina, que lo recibió, no vio en él la personificación de todas las historias románticas del siglo XIX. Claro, no las había leído.

Una tarde de domingo, en casa de Silvina, en el atropello por desaparecer antes del consabido “el que no se escondió se embroma, punto y coma”, Marcela terminó acurrucada en el galponcito del fondo, bajo una mesa sostenida por dos caballetes. Allí, en la espera, su mirada recorrió los cachivaches que el tío tenía arrumbados.

En un instante, su mirada se detuvo. Se dilataron sus pupilas, se hizo silencio. Justo a su lado, el final de su infancia.

Desde una negra bolsa de plástico abierta, llena de trapos para usar en el taller, la abofetearon los jirones de esa tela celeste.



Ilustra: Daniela Calcagno 3° año 2012

“UN PEQUEÑO TROPIEZO PARA LA HUMANIDAD”. “EL ESPACIO, LA ÚLTIMA FRONTERA...”⁴

Ángel Tabullo y Martín Penalva (promoción 1999)

Desde que un extraño y primitivo ser proveniente de la rama de los homínidos se alzó sobre sus patas traseras en alguna olvidada planicie de las sabanas del África, ese ser pensó, avanzó (hacia delante), observó el mundo y dio rienda suelta a sus intensos deseos de producirlo, creando su propio orden, imponiéndose como señor de todo lo existente. El tiempo pasó, la Tierra fue conquistada y, de repente, pareció ínfimamente pequeña ante el infinito horizonte de posibilidades que le ofrecía el mundo de afuera, ese abismo infinito que denominaba *Universo*.

Al mismo tiempo, en su afán de ser el mejor, este peculiar ser, el Hombre, se esforzó por exceder sus propios límites y ampliar sus capacidades, tanto físicas como intelectuales. Una de las muestras más notables de este empeño son las competencias deportivas que organizan cada cuatro años y en las cuales los mejores miembros de la especie luchan por llegar más alto, más rápido, más lejos, extendiendo sus límites más y más cerca del infinito. El tiempo pasó y la especie humana, soberana del mundo y potencial conquistadora de lo que la rodea, miró hacia el mundo más cercano y tuvo una de sus ideas más originales: “¿Si lo hici-

⁴ Publicado originalmente en el Anuario 1998.

mos en la Tierra, por qué no vamos a poder con la Luna?”. Así fue como en una titánica odisea de conquista y de gloria, cien mil colonos se sumergieron en el espacio infinito rumbo a la blanca tierra virgen que los aguardaba girando sin sentido.

Y la Luna fue colonizada. Primero, un terrícola marcó su huella imborrable en ella con la famosa frase: “un pequeño paso para el Hombre, un gran paso para la Humanidad”. Luego, una gigantesca cúpula metálica fue construida dentro de uno de sus inmensos cráteres, encerrando una biosfera natural que imitaba a la perfección el ecosistema terrestre (o lo que quedaba de él). Campos y bosques cultivados en invernaderos especiales a la luz del sol suministraban -en la superficie- oxígeno y alimento a los colonos. La escasa gravedad del planeta, a decir verdad, hacía las cosas mucho más sencillas: el transporte, el consumo de energía y las actividades diarias resultan mucho más simples e interesantes cuando todo tiene un peso seis veces menor al correspondiente en la superficie terrestre.

Hasta que un día, el hombre decidió fusionar su ambición de nuevos horizontes con su esfuerzo por aumentar sus capacidades físicas. ¿Y qué mejor forma de probar la supremacía de la especie humana que organizar los Juegos Olímpicos del 2088 en la colonia lunar? Así fue como más de mil atletas fueron entrenados y adaptados a la ingravidez durante meses, en laboratorios especialmente diseñados y tres estadios olímpicos fueron construidos, adaptados a las diferentes disciplinas deportivas.

Preparar la Olimpiada no fue una tarea sencilla. Dado que la luna carecía de atmósfera, los estadios debieron ser proyectados como gigantescas bóvedas capaces de albergar a la multitud concurrente y proporcionarle luz, calor, presión y una atmósfera habitable. Sus cúpulas fueron, además, construidas con aislantes térmicos y filtros de ozono para protegerlas de la radiación solar, pero permitiendo admirar, al mismo tiempo, el paisaje estelar como fondo.

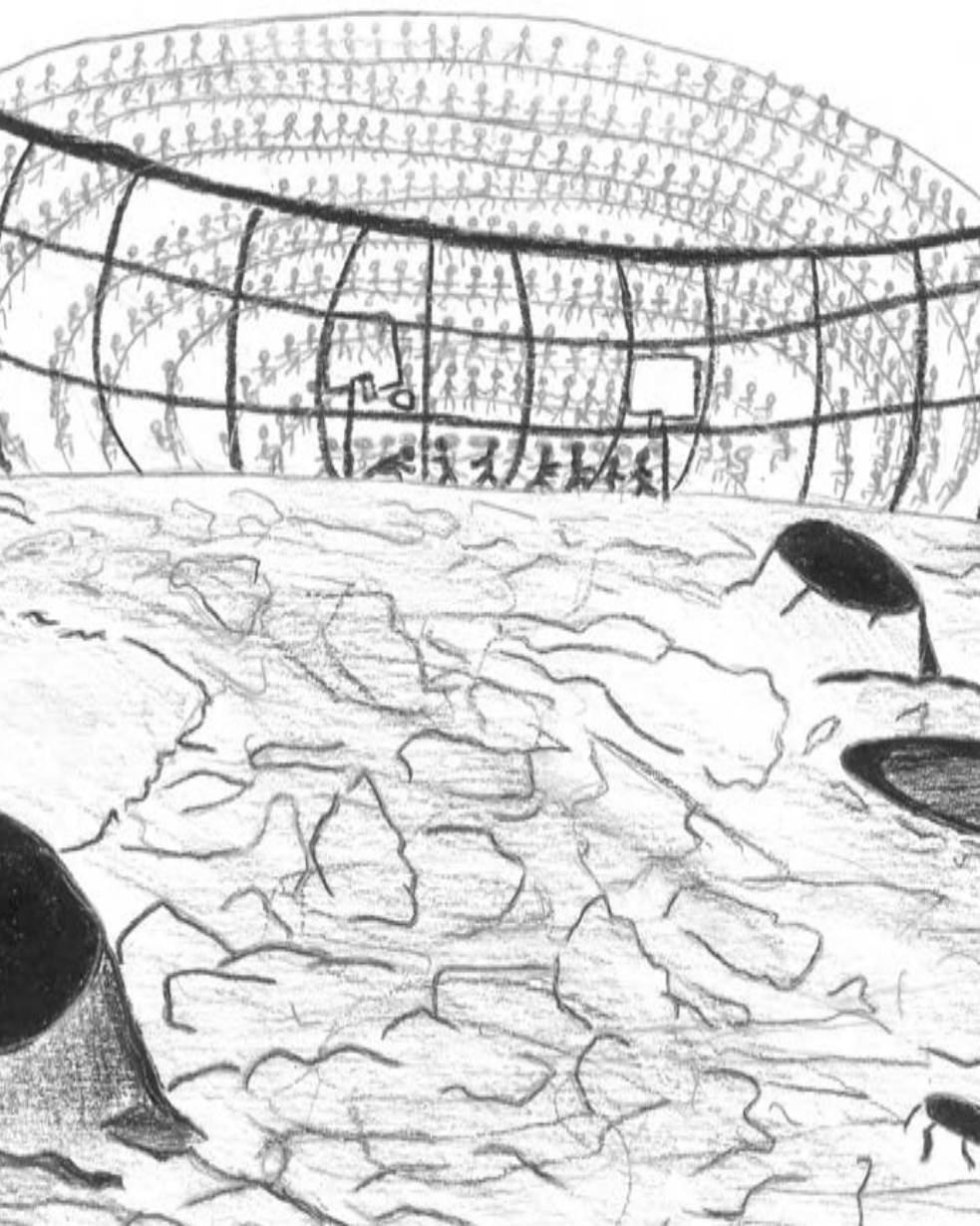
Luego de 7 años de preparación y un sobrehumano esfuerzo para hacer de aquella Olimpiada un evento memorable, a pesar de las miles de dificultades y contratiempos que debieron ser afrontados, el día 30 de junio del 2088 (calendario terrestre) junto con el inicio del día lunar, se iniciaron los primeros Juegos Olímpicos Lunares realizados por el Hombre.

La ceremonia de inauguración fue un verdadero éxito. La falta de gravedad permitió lograr coreografías que la tiránica atracción de la Tierra hacía imposibles (si bien los trajes de astronautas no les sentaban del todo bien a los encargados de realizarlas). La suelta de los 700 mil globos multicolores (que incluían figuras gigantes de grandes personajes de la historia del mundo, como Richard Nixon, Nerón o Carlos Saúl I) podría inclusive haber sido vista desde la Tierra... si se hubiera previsto que todos esos globos, se dilatarían hasta estallar, soltados en un ambiente libre de presión atmosférica (claro que, como la explosión ocurrió en el espacio, nadie pudo escucharla). Aun así, la verdadera joya del evento fue el momento en que Buzz Gagarin, un atleta selenita, recorrió los 600 metros de la pista olímpica circular enfundado en su traje de astronauta y portando una antorcha simbólica (ya que nada puede arder en ausencia de oxígeno) para luego accionar el mecanismo que activó la gigantesca “antorcha olímpica”: una enorme linterna de láser que rasgó la oscuridad del espacio con espectaculares estallidos de luz y color que pudieron ser vistos y sentidos desde la Tierra (los láseres derribaron cinco satélites y destruyeron siete aldeas, y diez plantaciones de arroz y café en distintos puntos del planeta).

Ese mismo día, las competencias comenzaron y, junto a ellas, los problemas. En el caso del fútbol, muchos partidos debieron agregar a su tiempo suplementario el tiempo perdido en esperar a que la pelota se decidiera a regresar a la cancha luego de haber ganado altura, dado que, si bien en la Tierra una caída de diez metros demoraría un segundo aproximadamente, en la Luna el peso de

la pelota es seis veces menor, por lo cual resulta mucho más fácil acelerarla hacia arriba pero mucho más largo el tiempo que transcurre hasta que ésta regresa al suelo. Por supuesto, el número de tiros por encima del travesaño aumentó significativamente, aunque también los cabezazos y remates efectuados desde una altura de hasta 8 metros. En el caso del básquet, resulta relativamente sencillo rebotar contra el suelo al estar adaptados a la gravedad del lugar, mientras que en la Luna fue muy frecuente ver a los jugadores desesperarse por atrapar a la pelota en vuelo una vez que ésta (seis veces menos pesada) rebotaba hacia arriba hasta una altura de dos metros. Por otro lado, los saltos y los lanzamientos efectuados mejoraron notablemente (de hecho, debieron elevarse cinco metros los aros para que el juego se desarrollara en forma apropiada), si bien hubo numerosos lesionados que colisionaron brutalmente contra el techo del estadio. El tenis también sufrió las mismas consecuencias de la falta de gravedad, recurriendo los jugadores a soluciones tan diversas que abarcaron desde botas impulsadas por nitrógeno comprimido (para alcanzar a la pelota en vuelo) hasta raquetas con mangos que alcanzaron los cinco metros de extensión lo cual, para algunos, desvirtuó el verdadero espíritu deportivo.

La natación fue uno de los deportes menos afectados y tal vez, el más privilegiado. En las pruebas de clavados y salto, la altura de los trampolines debió ser reducida de diez a cinco metros sobre el nivel del agua para evitar que los clavadistas chocaran contra el techo. En la Tierra, la aceleración gravitatoria hace muy rápida la caída del clavadista, brindándole un margen escaso de tiempo para efectuar sus movimientos antes de llegar al agua. En la Luna, en cambio, la gravedad permitió a muchos atletas combinar saltos triples, tirabuzones, mortales, flexiones y hasta saludar al público mientras avanzaban lentamente hacia la piletta. Las demostraciones fueron tales que los jueces debieron inventar nuevas categorías.



Ilustra: Marina Wanschelbaum Pueyo 1º año 2012

Además de todo esto, las competencias estuvieron condicionadas a la duración del día y la noche lunar, de quince días terrestres cada uno. La angustia, el cansancio y el stress sufridos por los atletas seguramente costaron fortunas a los servicios médicos, así como el consumo continuo de energía durante los quince días de oscuridad de la noche lunar que obligó a importarla directamente desde la Tierra en baterías de antimateria.

Finalmente, tras una serie de accidentadas y extrañas competencias que batieron absolutamente todos los récords terrestres, las Olimpíadas lunares tuvieron un emotivo cierre, que incluyó antorchas-láser, desfiles de robots, banderas holográficas y una suerte de ocho mil palomas robóticas especialmente diseñadas para regresar a la Luna luego de un corto recorrido por el espacio. Sin duda, lo más memorable de la ceremonia fueron las siguientes palabras del discurso de *Pancho* González, presidente de la colonia selenita (a quien tal vez su inconsciente haya jugado una mala pasada): “(...) y sólo me resta decir que éste ha sido sin duda, como en aquel lejano y olvidado siglo XX, un pequeño tropiezo para el Hombre, pero un gran salto para la Humanidad...”

EN TI, MI VIDA⁵

Agustina Stout (alumna de 3º año, 2012)

Si algún día viniese mi vida y me preguntara
¿Qué cambiarías de mí, tu vida? Yo diría:
¿Cambiar? no cambiaría nada.

He reído, he llorado.
He pasado momentos duros y felices en ti, mi vida.

He conocido a los amores de ti, mi vida.
He conocido gente buena y mala en ti, mi vida.
He sufrido por esa gente mala que sí debería cambiar su vida.
He tenido amistadas buenas y malas en ti, mi vida.
He fracasado, pero me he levantado y he seguido en ti, mi vida.
He pasado enfermedades y he tenido salud en ti, mi vida.
He querido cambiarte vida pero no...

Mis errores, no los cambiaría,
de ellos he aprendido mucho.
Sin errores en ti, mi vida,
no tendría tantas aventuras en ti, mi vida.

⁵ Publicado originalmente en el Anuario 2010.

Tú, mi vida, eres como yo te forjé.
Ya no puedo hacer nada por ti,
toma tu rumbo.
Mi cuerpo, mente y alma te seguirán.

Algunos días, quiero retirarme.
Otros, quiero quedarme por siempre.
Nunca te cambiaría, vida mía.
Eres como quieres y así seguirás.

LA INVASIÓN AZUL⁶

Sebastián Di Gangi (promoción 2006)

De pronto, y para mi alegría, se vieron interrumpidas mis clases de escritura ante la inminencia de nuestro viaje a América. El rey había encomendado a mi padre una misión, que incluía a toda la familia, en aquel continente lejano que España estaba tratando de colonizar desde que el almirante Cristóbal Colón había encontrado esas tierras que se interponían entre Europa y las Indias.

La falta de obligaciones me llenó de alegría, pero a los pocos días comenzó el aburrimiento. Nadie parecía prestarme atención, todos estaban ocupados en los preparativos del viaje. Incluso Carlos Luna, el encargado de la biblioteca de mi padre, dedicaba sus horas a embalar biblias y crucifijos. A cada una de mis preguntas, respondía siempre lo mismo: “déjame tranquilo, Lucas, que es tanto lo que tengo por hacer”. Entonces me dediqué a buscar todo lo que se pudiera leer acerca de esa misteriosa América a la que íbamos. Lo que leí me llenó de preocupación. ¿Sería posible que existieran monstruos tan temibles como los que describían los libros? ¿O sería la imaginación de los viajeros? No lo sabía. Todavía tenía que esperar una semana más, cuando por fin zarparíamos. Y así fue: había amanecido y para entonces nosotros ya habíamos

⁶ Publicado originalmente en el Anuario 2003.

mos comenzado un viaje que duraría varios meses. Para cuando los primeros pasaron, también lo hicieron los días soleados, y las nubes grises aparecieron, junto con una fuerte tormenta. El barco temblaba y las velas se apagaban una y otra vez. El frío hacía helar mi sangre y, tapado con unas mantas, metí la cabeza bajo las sábanas de la cama. La tormenta crecía cada vez más y las olas hacían mover el barco de un lado a otro. Hasta que, de repente, una luz se hizo ver y al cabo de unos pocos segundos un ruido retumbó en mis oídos. Un rayo había caído cerca del barco haciendo que se diera vuelta. Mis ojos se cerraron.

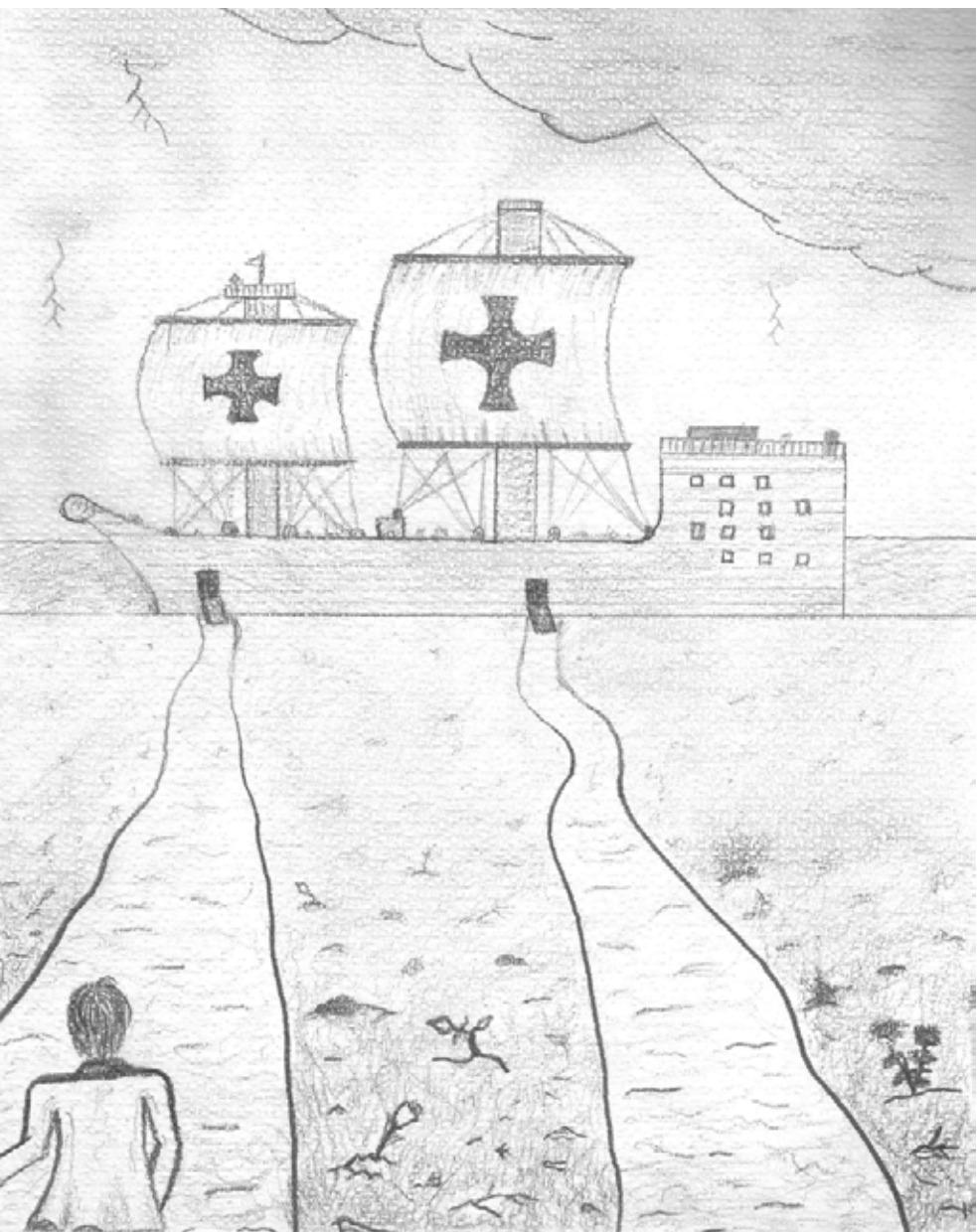
Cuando recuperé la conciencia, mi cuerpo estaba tirado en la arena. Me levanté y miré a ambos lados. Ya no estaba en Europa. Las plantas que había a unos pasos largos, no las había visto nunca en la vida. “¿Habría llegado a América?”, me pregunté, “¿en qué otro lugar podría estar?”. Empecé a saltar de la emoción, era un hecho que había llegado a América. Pero rápidamente me serené al pensar en mi familia: “¿habrían tenido la misma suerte que yo? ¿O... se los habría tragado el mar?” Lloré y el día pasó. Esa noche dormí acurrucado en la arena.

Se largó otra tormenta, esta vez más leve, pero que igualmente logró despertarme. Me levanté, empecé a caminar mientras pensaba qué iba a hacer, qué iba a comer, dónde iba a dormir.

-¡Niño! ¡Cuidado! –una voz muy fuerte me gritó.

-¿Quién es? ¿Dónde estás? –respondí.

Pero no había ninguna persona ahí sino diez que me estaba rodeando. Ellos no parecían hombres: eran azules y tenían las cabezas cuadradas. Se me acercaban cada vez más. Y de pronto *jzium!*: un rayo rojo salió de atrás de los hombres azules haciéndole volar el estómago a uno de ellos. Otro hombre estaba allí. No era azul ni tenía la cabeza cuadrada. Es decir: no tenía cabeza, su rostro estaba en su pecho. “¡Lárguense! o les seguiré disparando”, les dijo el



Ilustra: Gastón Rizzo 1º año 2012

extraño ser a los monstruos azules. Pero al ver que no se movían, abrió su boca y disparó más rayos: ¡zium! ¡zium! ¡zium! Les voló la cabeza a todos. El hombre de la cabeza en el pecho se me acercó: -Soy Skyp, no sé quién eres, ni de dónde vienes, pero te aseguro que este lugar no es seguro para un niño. Ven conmigo-. Me agarró fuerte de la mano y me llevó dentro del bosque.

-¿Quién eres? -le pregunté.

-Ya te lo dije, me llamo Skyp.

Insistí: -¿Y quiénes eran ellos, los otros?

-¿Ellos? ¿En qué mundo vives? Ellos son los Wataki. ¿Nunca los habías visto? ¿Nunca habías oído hablar de ellos? Debes haber perdido la conciencia-. Lo escuchaba con atención: -Ellos son los seres que llegaron del cielo, por la noche. Vienen de otro mundo. Desde que llegaron, hace más de un año, nos someten a mí y a los otros a realizar tareas forzosas. Somos utilizados como comida y también para sacrificios. Ellos fueron los que me hicieron esto, a nuestro a tribu, a la que yo pertenecía, a todos nos hicieron cambios genéticos. No se por qué, pero lo que sí sé es que todo salió mal y así quedé yo: con mi cara en el pecho y con un poder que me permite lanzar rayos por mi boca. Otros tienen otras habilidades, y muchos otros murieron.

Después de media hora de caminar llegamos a una aldea. Allí eran todos hombres como yo conocía en mi pueblo: normales. Salvo por una mujer muy gorda, con cola de pez, y de color gris, parecida a una morsa. Se nos acercó arrastrándose: -Por fin llegaste, Skyp. ¿Quién es él? -dijo dirigiendo su mirada hacia mí. -Es un niño que encontré en la playa. Dice que viene de tierras lejanas, del otro lado del mar.

-Parece inofensivo. Yo soy Elva -se presentó la señora. Luego volteó y se fue.

Esa noche iba a dormir mejor, salvo porque me quedé pensando en cómo destruir a esos extraterrestres. Al otro día nos dirigimos,

junto a la señora Elva y Skyp, hacia la playa: allí se iban a reunir con otros de su tribu para discutir la situación. No sé qué pensaba Skyp de mí, pero me tenía una gran confianza, creía que yo iba a poder hacer algo, aunque no supiera muy bien qué.

Al llegar vimos seres muy extraños. Uno se dirigió adonde estábamos, tenía cara y cuerpo como el de un cocodrilo, y le dijo a Skyp: -Encontramos esto. Bajó de sus brazos unos barriles, los abrió. Era sorprendente.

-Es pólvora. El barco en que yo viajaba la transportaba.

Miré por detrás del hombre cocodrilo y había muchos barriles. Todos llenos de pólvora. Miré a Skyp y le pregunté: -¿Dónde viven los seres Azules?

-Viven todos juntos en una base de piedra muy dura, los que intentaron llegar ahí murieron -me respondió.

-Pero si viven todos juntos, ya sé cómo destruirlos.

Le dije a Skyp de las catapultas y de lo que pasa cuando se junta el fuego con la pólvora. Ordenó armar las catapultas, las bombas, y buscar rocas de gran tamaño. Skyp era muy respetado y todos ayudaron a construir, armar y buscar.

Luego de tres semanas todo estaba listo, y se lanzaron todo tipo de rocas y bombas. Su base estaba casi destruida y cuando menos lo esperábamos miles de hombres azules salieron con espadas y unas armas que lanzaban fuego. La sangre empezó a fluir. Las cabezas volaban y los cuerpos quedaban tirados en el suelo. Del miedo, retrocedí y salí corriendo. De pronto tropecé con un pequeño pozo y caí al suelo entre unas ramas. De repente, se me ocurrió otra idea. Volví corriendo hasta donde se encontraba Skyp, lo llamé, pero no lo encontré. Miré para todos lados pero no lo encontré. Las tropas de ambos bandos estaban disminuidas, quedaban unos pocos que seguían matándose. De pronto, y debo decir que en el peor momento, di con Skyp: estaba en el piso, desangrándose. Me le acerqué, pero ya había muerto. Uno de los

Azules me vino a atacar con su espada, yo agarré una del piso, y alcancé a herirlo gravemente. Solté la espada. No podía creer que había matado a un ser vivo. El miedo me invadió. Se paralizaron mis piernas. Comencé a sudar, tenía frío y calor al mismo tiempo. Tiritaba y tiritaba.

Cuando escuché la voz de mi madre, pensé que me había rescatado de esa horrible guerra mutante. Pero cuando me colocó un paño frío en la cabeza, y vi mi cuerpo entre sábanas blancas, reconocí el camarote del barco.

Nunca más pude olvidar ese sueño. Quedaron grabadas sus imágenes para siempre en mi vida. Hasta recuerdo el aroma de cuando arribamos al puerto de América y a ese particular personaje acompañado de su gorda señora. El Señor Skyp nunca se alejó de mí durante toda mi infancia.

TRAS UNA NOCHE LLENA DE LUNA...

Juan José Mengani (promoción 1995)

Los frunces de la sábana tremolaban como dunas efervescentes de viento y soledad. Daba vueltas hacia ambos lados de la cama, retorciéndome por fuera de los intestinos. La frazada se entreveraba con las otras prendas que yacían, sin paz, sobre el suelo. Aquella sumatoria de tejidos era un conjunto de desórdenes que contrastaban con la prolijidad de la cartelera de corcho, donde un mapa cartográfico señalaba los confines de la Madre Patria, gloriosa y petulante, en una época en la cual los reyes se ufanan de que el sol nunca se ponía en ningún rincón de su vasta geografía. En el piso, un montón de cachivaches, cosas sucias, macilentas pero no olorosas, confundían los contornos y las formas de los muebles de la habitación, brotando como nudos y raíces de la mesita ratona, roedora del espacio, que condenaba a estrecharse contra la pared, obstruyendo todo tránsito expedito hacia el baño. El cuarto era una selva de competidores de naturaleza diversa que proliferaban en todas direcciones. En el fondo del placard, las latas de cerveza ofrecían el cáliz donde se destilaban los brebajes más acerbos, ritos agitados que acaecían como preludeo de una lluvia espumosa y ambarina. Colonias de bacterias proliferaban en la boca de ceniceros descuidados y en desuso.

Imperceptiblemente, las costras de mi herida se endurecían y amorataban. Hasta que una punzada cruzó, de par en par, los

costados de mi esternón, al compás del libro pesado y soso que intentaba quitarme de un manotazo, sin haber leído mucho más que la mitad. Envuelto, amortajado por el murmullo del alba que despuntaba detrás del muro fabril, junto a mi casa, enseguida comprendí que ese día ya no recuperaría cuanta letra creí haber garabateado en el anotador, junto a la cama.

Al salir al patio, casi sin darme cuenta, me encontré contando, una a una, las flores blancas que el jazmín había perdido durante la tormenta. Pero en el resquicio que abandonaría más tarde la oscuridad, los tallos colgantes no acusaban recibo de los avatares de la noche. Por el contrario, la luz mortecina prefiguraba hojas verdosas y oscuras, proyectando una sombra viscosa sobre el tronco del plátano. Frente a la ventana del cuarto, cerca de la rejilla, la misma cucaracha que la tarde anterior había confundido con un magullón más de la desconchada medianera resistía, presurosa, los embates de cuanto calzado supe arrojarle por temor y por placer.

Así y todo, se volvió harto tortuoso el ascenso de mis ojos por la pared: después del cuadrilátero que trémulamente copiaba el borde de las baldosas, mi mirada continuaba incidiendo oblicuamente sobre cada punto, sobre cada palmo despintado pero, claro, sin la brusca oposición con la cual se enfrentaba el maloliente y túrgido escarabajo, inconfundible criatura originaria de los pozos ciegos y las napas, cuyo vaporoso movimiento, en lugar de provocarme asco o desasosiego, avivaba mi mayor curiosidad: ahí arriba, sobre el zócalo, y después de unas cuantas intentonas, había conseguido aferrar sus patas delanteras a una arista de lo más enmohecida, arrastrando el resto de las extremidades sobre el dorso de la cerámica trozada y enhiesta. Sólo entonces se desplazó lenta pero firmemente, impertérrito, vadeando, en perfecta escala y por igual, rías de lodo y lábil escarcha, en cuyo lecho se hincaba y avanzaba, presumido.

Poco a poco, el coleóptero se transformaba en vehículo de mis ojos, de mis perspectivas, y de mis anhelos... Formando parte de

un relato que la noche anterior había dejado inacabado, el insecto se me hacía una de esas galeras reales encallando sobre un banco gredoso del Mediterráneo, en algún punto situado entre los siglos XV y XVI. Aun a exiguas velocidades, no había parpadeos que obstruyeran su avance pertinaz. Contra tanta monotonía y soberbia parsimonia, no podía dejar de notar la manera en que todos sus apéndices hacían las veces de remos. Cual galeote convocado por vocación y gustoso de la celda náutica, deseaba que un cómitre imaginario me indicara cómo manipular los instrumentos, rogando que las cadenas me apretaran y tajaran mis muñecas, fantaseando que la sangre manaba ya a raudales, lubricando, morigerando el desgarró y la tensión que irradiaba del engranaje y cada pieza pulposa de una máquina hecha de carne, madera y hojalata.

De súbito, un tornado sacudió la embarcación en medio del Océano Índico. Fruto del motín y la marejada, el encarnizado vigía había naufragado; a pesar de unos pocos arrepentidos que intentaron el rescate, su autoridad se desmenuzó entre las fauces de un cardumen de tiburones pardos. La nave marchó a la deriva de la gran isla africana, sobrepuesta a la tracción de las corrientes submarinas; debimos combatir contra piratas y traficantes de esclavos y estatuillas ebúrneas, dagas de cuernos engastados, polvos afrodisíacos, producidos a base de huesos de tigres albinos. La península itálica dio el puntapié a las ganas de asunción de un capitán; la ciudad sepultada bajo las cenizas del Vesubio difundía el terror hasta la isla de Sicilia, que temblaba de sólo contemplar la sombra del Etna. La tripulación deliberaba en torno a una pena providencial: así y todo, nada parecía más seguro que el incierto mar...

En algún lugar entre el estrecho de Bering y las islas Kiribati, Bikini, Tonga y Tuvalu, anoté en el cuaderno de bitácora que la nave ya había cruzado la fracturada línea de cambio de fecha.

Proclamado comandante plenipotenciario por voto unánime de todos los reclusos, inspiré profundamente mientras mi corazón se diluía en un soporoso estertor.

Una vez en Filipinas, sin dudarle, dirigí la nave hacia la América meridional. El Océano Pacífico nos arrimaba hacia las costas del Perú: tocar tierra habría resultado demasiado fácil. Ladeado por una ballenas jorobadas y por delfines pico de botella que se acercaban confiadamente, frente a Chile, bajamos hasta el estrecho de Magallanes, internándonos, a renglón seguido, en sendos golfos de la Península de Valdés, donde pudimos contemplar la cópula de las congéneres francas y, finalmente, bordeando Brasil hasta alcanzar el estuario del Amazonas, remamos contra la corriente de un caudaloso río que, alguna vez, fluyó en sentido inverso. Al descubrir cetáceos de agua dulce, me di cuenta de que el palpito había sido el correcto. Y sólo entonces solté el aire que estaba a punto de envenenarme los pulmones.

En la encrucijada de la foresta tropical, embriagados por pirotécnicas melodías, nos deslumbró el encanto de las aves del Matto Grosso, rumbeando en dirección a la Cordillera de los Andes.

Bajo la Constelación de Tauro, a la vera de la ensenada de Manaos, rompí las cadenas de una tripulación que –más tarde comprendería– nunca había estado preparada para diferenciar y apreciar la libertad, tan propensa a subsumirla en el abandono y el fin del trabajo.

Días y noches avancé en compañía de la luz proporcionada por el único parroquiano de la Vía Láctea que aun permanecía en su sitio.

El calor me abría los poros cuales túneles diminutos; los vapores del bosque me quemaban como una llamarada reducida pero latente, en medio de la cual se encaramaba un villorrio habitado por las menos desalmadas de las tribus reductoras de cabezas, justo al pie de una montaña sobre la cual se desparramaban tinglados de piedras preciosas fraguadas con baba de guepardo, en-

tre bóvedas tapizadas por hojas de palma y retretes a cielo abierto. Una fogata ardía en el interior de una tortuga occisa, ya carente de tripas. Los cráneos humanos estaban llenos de distintos aceites cuya combustión uncía las callejuelas y los pasillos más templados de la aldea: el jolgorio nocturno orbitaba en derredor de semáforos ígneos.

Me encontraba en medio de auténticos adoradores de las uñas, embriagados con el polvillo de cutícula de mono. Al virar, percibí cómo los macabros fetichistas de los órganos medraban sin cesar, estafando en el intercambio de caries por encías, y codos por rodillas. Mientras tanto, otros seres se extirpaban los músculos no vitales, al ritmo de cierta danza aprendida en el seno del primer matriarcado amazona.

Los hogares de los vivos se yuxtaponían con los de los muertos; los caníbales y los vegetarianos conjuraban contra los vulgares comedores de mamíferos. Las mayores traiciones se premiaban con venablos envenenados pero ungidos; nadie había descubierto aun la atracción de la pena de muerte.

Las seringas copaban los jardines improvisados junto a los abrevaderos; los macacos entraban en trance ni bien mascaban las primeras gotas de savia que manaba de los troncos zaheridos.

Proseguí viaje. Asomado a un claro, en medio de orquídeas repletas de mosquitos y vinchucas, divisé una ciudadela milimétricamente construida sobre la misma piedra. Las precipitaciones bruñían una laja enclavada como un tobogán extremadamente empinado, cual juguete de gigantes, meteorito arrumbado en la despensa de un trasnochado demiurgo: en lontananza, Machu Picchu apenas vibraba, tras la inexorable cima que devoraba casi todos los matices de una época de fama y loor.

Tentado con prebendas, besos furtivos y dudosas sinecuras, habiendo sido ofrecido un salario obscuro a cambio de contar mis innumerables anécdotas y otras breves historias ajenas, redescubrí mi inveterada preferencia por arcanas grutas del período

cuaternario que, extrañamente, no estaban esculpidas en los valles más profundos sino detrás de los flamantes desfiladeros, muy cerca de las abras. Afanado por sortear correntosos efluentes de lava, debí detenerme en la fría cornisa de un volcán. Apunado y meditabundo, me topé con las reliquias de un páramo asolado, otrora, por seres brutalmente hospitalarios...

Extrayendo fuerzas de un recóndito efluvio interior, me atreví a nadar al filo de unas cataratas tornasoladas; un rosado manatí me arrimó a la orilla de un pueblo que había alcanzado el último escalón de la edad de la arena: sin desearlo siquiera, disfruté de mercados que operaban a cuenta de ilusiones; participé en un certamen de poesía caleidoscópica; dirigí, ad honorem, el sindicato de trabajadores del sílice; liberé las playas oprimidas por bañistas fanáticos del verano; construí una villa con los fondos barrocos de un arroyo umbrío, casi bruno; y diseñé un catalejo a imagen y semejanza de una gota de resina fosilizada que capturaba el hechizo del sol sobre la sabana...

La mañana siguiente, al despertar, supe que probablemente hubiera sido un pájaro o un avión aquello que había detenido por un segundo la llegada de la luz a través de la ventana. Sin embargo, por un momento, tuve la impresión de que el cielo me acariciaba la coronilla. A partir de entonces, y de tanto en tanto, continúo percibiendo ese guiño que me anima a seguir descubriendo alguno de los tantos secretos atesorados en los pliegues de cada nuevo día...

LA URPILA⁷

Yamila Martínez (promoción 2005)

La historia que voy a contarles sucedió hace muchísimos años, alrededor del 1700, en una ciudad del norte de Italia. Así comienza...

Urpila tenía el cabello negro como la tierra y unos ojos oscuros y brillantes como un anochecer de verano. Era bella como una flor silvestre. Siempre caminaba descalza, en la orilla del agua, y sus pies, al entremezclarse con las olas, formaban dulces y delicados bailes que relucían tanto como el anillo de piedras rojas que llevaba atado a su tobillo. Era bien morena y muy delicada. Cuando caminaba parecía como si fuera saltando de nube en nube, silenciosa, como un ángel. Parecía hecha de aire.

El rey de su ciudad la vio y se enamoró instantáneamente. Fue amor a primera vista. Él era un hombre viejo y ella apenas una niña que empezaba a crecer. Pero el rey se enamoró perdidamente de Urpila y olvidó sus deberes de soberano. Todos estaban muy preocupados porque nada le interesaba más que ella: ni el reino, ni el poder, ni las guerras. Sólo ella, sólo Urpila. Y así fue que se casaron...

⁷ Publicado originalmente en el Anuario 2004.

Luego de la boda se mudaron a un gran palacio. Allí, el tiempo transcurría siempre igual, día tras día. Inviernos y veranos pasaban para ella sin otro entretenimiento que el de mirar cómo su marido acumulaba riquezas para hacer de su esposa una mujer rica y feliz. El sentimiento forjado antes de que él comenzara a acumular el primer centavo comenzó a desvanecerse lentamente, haciendo que Urpila se ahogara en un mar de soledad y tristezas, mientras añoraba los buenos tiempos.

Los días pasaban y entristecía cada vez más. Finalmente, murió una tarde de abril.

Los nobles respiraron aliviados. ¡Por fin el rey se ocuparía de gobernar nuevamente! Pero nada de eso ocurrió, pues su amor no había muerto. El rey hizo llevar a su habitación el cadáver embalsamado de la muchacha. No quería separarse de ella. Se sentía culpable.

Asustado por semejante pasión, el hermano del rey sospechó un encantamiento. Muerta, Urpila era tan hermosa como cuando caminaba descalza a orillas del mar. La revisó de pies a cabeza y, para su sorpresa, encontró un anillo con una piedra roja en su tobillo. Ni bien la tomó, el rey se enamoró de él. Y comenzó a perseguirlo.

El hermano, preocupado y sin saber qué hacer, entregó el anillo a una gitana que pasaba por ahí. Ni bien tomó el anillo, el rey dejó de perseguir a su hermano para enamorarse de ella. Pero, en un descuido, a la gitana se le cayó el anillo al mar.

Cuando el agua recibió el anillo, el rey abandonó a la gitana, y se enamoró del mar. El mar junto al que Urpila caminaba descalza.



Ilustra: Camila Basso 2º año 2012

ÍNDICE DE TEXTOS

Prólogo.....	7
Letras, palabras, oraciones... Ideas	9
El proyecto	11
GÉNESIS XXI.....	19
<i>Gonzalo Freijedo</i>	
EL PEQUEÑO GRAN THORMES.....	21
<i>Ana Laura Revale, Luciana de Marco, Antonella Sottosanto, Tatiana Malvicino</i>	
ACROBACIAS.....	31
<i>Graciela Tubino</i>	
UN PERRO CUALQUIERA.....	35
<i>Leopoldo Lage</i>	
POEMAS.....	41
<i>Ana Laura Cleiman</i>	
EL LOCO DE LA BOINA.....	45
<i>Mariano Sanahuja, Matías Rozenberg</i>	
LA TRAVESURA.....	49
<i>Agustín Satorre</i>	
LAS MAQUETAS Y LAS COSAS.....	51
<i>Gonzalo Freijedo</i>	
MICRORELATOS.....	55
<i>Mariela Mazzú</i>	
OTRO FINAL PARA “CONTINUIDAD DE LOS PARQUES”	61
<i>Luciano Pozzi</i>	

“REBELACIONES” MATERIALES.....	65
<i>Agustín Aleo</i>	
MI PRIMERA CARTA DE AMOR.....	69
<i>Lucía Pezzolo</i>	
AQUELLOS DÍAS... ..	75
<i>Beatriz Pattacini</i>	
“UN PEQUEÑO TROPIEZO...”	79
<i>Ángel Tabullo y Martín Penalva</i>	
EN TI, MI VIDA.....	85
<i>Agustina Stout</i>	
LA INVASIÓN AZUL.....	87
<i>Sebastián Di Gangi</i>	
TRAS UNA NOCHE LLENA DE LUNA.....	93
<i>Juan José Mengani</i>	
LA URPILA.....	99
<i>Yamila Martínez</i>	

ÍNDICE DE ILUSTRADORES

Germán Mogni	25
Paula Rodríguez Silva	37
Ramiro Sottosanto	47
Julieta Pozzolo	63
Daniela Calcagno	77
Marina Wanschelbaum Pueyo	83
Gastón Rizzo	89
Camila Basso	101



“Me contaron de un proyecto buenísimo: la publicación de un libro de ficción íntegramente escrito, ilustrado y producido por la Comunidad Glaux.

Hoy, ver este libro finalmente materializado y llegando a manos de los lectores no puede más que alegrarme y llenarme de felicidad y orgullo.

Como sabemos, la ficción, la poesía y los juegos del lenguaje en general son herramientas poderosas para los jóvenes, pues no sólo permiten conocer lo dado, sino también lanzarse a imaginar lo posible, lo que puede ser, lo que queremos que sea de aquí en más. Y si esas herramientas se combinan, además, con las ganas y la participación de personas de diferentes edades y oficios, que trabajan en pos de un proyecto común en el horizonte, los resultados serán siempre prometedores”.

del prólogo de Lito Vitale